

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

EL PAYASO,

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA.



MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, num. 9.
1857.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: ***libreria de Cuesta, calle Mayor, núm.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Perez.
Alcoy.	V. de Martí é hijos.
Algeciras.	Almenara.
Alicante.	Ibarra.
Almería.	Alvarez.
Aranjuez.	Prado.
Avila.	Rico.
Badajoz	Orduña.
Barcelona.	Viuda de Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	V. de Moraleda.
Castrourdiales.	Saenz Falceto.
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Gutierrez.
Ciudad-Real.	Arellano.
Coruña.	García Alvarez.
Cartagena.	Muñoz García.
Chiclana.	Sanchez.
Ecija.	García.
Figueras.	Conte Lacoste.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Sanz Crespo.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Oñana.
Habana.	Charlain y Fernz.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Idalgo.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Zara y Suarez.
Lugo.	Pujol y Masía.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano.
Málaga.	Cañavate.
Mataró.	Abadal.
Murcia.	Hermanos de Andrion.
Motril.	Ballesteros.
Manzanares.	Acebedo.
Mondoñedo.	Delgado.
Orense.	Robles.
Oviedo.	Palacio.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	Barrena.
Palma del Rio.	Gamero.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa Maria.	Valderrama.
Puerto-Rico.	Marquez.
Reus.	Prins.
Ronda.	Gutierrez.
Sanlucar.	Esper.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Laparte.
Santiago.	Escribano.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alonso.
S. Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Alvarez y Comp.
Salamanca.	Huebra.
Segorbe.	Clavel.
Tarragona.	Aymat.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Tuy.	Martz. de la Cruz.
Talavera.	Castro.
Valencia.	Moles.
Valladolid.	Hernainz.
Vitoria.	Galindo.
Villanueva y Geltrú.	Magin Beltran y compañía.
Ubeda.	Treviño.
Zamora.	Calamita.
Zaragoza.	V. Andrés.

EL PAYASO.

A Don José Valero.

Cuando leí por primera vez este drama, traido á Madrid por el distinguido actor francés Mr. Laferrière, formé desde luego el proyecto de dedicárselo á V., para quien me puse á traducirlo, esperando tranquilo su venida á la córte, en la seguridad de que ningun otro actor se habia de atrever á ponerlo en escena. Porque se necesita todo el entusiasmo que á V. le anima por las glorias del arte sublime que profesa, para complacerse en vencer las dificultades inmensas que ofrece el desempeño de carácteres de índole tan especial como el del protagonista de la presente obra, y el de varias otras, algunas de ellas de bien escasa importancia literaria por cierto, las cuales ha acreditado V. para siempre á la vez que se ha hecho inmortal en ellas por su admirable ejecucion. Si la del papel del payaso Belfegor lo ha sido, el público lo dirá por mí: él acude presuroso al elegante coliseo de la calle de Toledo hace muchas noches, á reir y llorar con V., cubriéndole de frenéticos aplausos y llamándole á la escena una y otra y otra vez para saludarle con víctores y flores. Y á fé que es un triunfo el mas legítimo y merecido que han presenciado los teatros! Yo le felicito á V. sincera y lealmente

por él, y me felicito á mí mismo de haber contribuido aunque en tan pequeña parte al colosal triunfo que ha obtenido V. á su reaparicion en la córte.—Réstame únicamente dar á V. las gracias por el esmero, propiedad y lujo con que el drama ha sido puesto en escena; si bien esto, sobre no ser nuevo en los teatros que hasta el dia ha tenido V. á su cargo, no lo es tampoco respecto del de Novedades, donde los espectáculos se presentan de un modo que formará época en Madrid. Con esto y con dar tambien las gracias á los demas actores que han tomado parte en el desempeño de la obra, y muy singularmente á la primera actriz Doña Maria Rodriguez, que en su ingrato papel ha alcanzado aplausos que yo no esperaba, se despide de V.

Su apasionado y antiguo amigo

Isidoro Gil.

1.° de Diciembre de 1857.

EL PAYASO,

DRAMA EN CUATRO ACTOS,

ARREGLADO A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON ISIDORO GIL.

Representado en Madrid en el teatro de Novedades, el 23 de Noviembre de 1857.



MADRID:

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1857.

PERSONAJES.	ACTORES.
MAGDALENA	D.ª Maria Rodriguez.
ENRIQUE, llamado Jacobillo.	Sta. Rafaela Tirado.
FLORA	D.ª Maria Menendez.
LA SEÑORITA DE VERMANDOIS	D.ª Vicenta Martin.
CATALINA	D.ª Maria Cruz.
FANY	D.ª Carolina Segarra.
JUANITA, niña	
GUILLERMO, conocido por Belfegor, Payaso	D. José Valero.
EL DUQUE DE MONTBAZON.	D. Antonio Bermonet.
EL GRAN BAILIO DE CLERMONT	D. Calixto Boldun.
EL VIZCONDE HÉRCULES	D. Antonio Zamora.
EL CONDE DE CASTELBLANC	D. Lázaro Perez.
BEAUMESNIL	D. Ignacio Mur.
EL CABALLERO DE ROLLAC.	D. Francisco Coria.
EL VIDAMO DE ARPIÑOL	D. Agustin Toscano.
EL COMENDADOR DE PUFIÉRES	D. Pedro Mafei.
DUPERRON	D. Eduardo Hernandez.
JUAN JOSON	D. Rafael Tost.
GRELU	D. Ceferino Hernandez.
BELLO-AMOR	D. Ramon Benedí.
UN MEDICO	D. José Sanghez.
UN MOZO DE POSADA	D. N. Zaragozano.

Aldeanos de ambos sexos, Soldados, Gendarmes, Músicos, Convidados, Máscaras, Cazadores.

ACTO PRIMERO.

Una plaza de aldea: á la izquierda la posada: á la derecha, una tapia con setos y árboles frutales.

ESCENA PRIMERA.

GRELU, JUAN JOSON, ALDEANOS *de ambos sexos, adornados de flores.*

GRELU. (*Subido en una silla, delante de la puerta de su posada.*) Aldeanos de ambos sexos de la aldea de Clermont, concejo de Landreci, distrito de Marbeuf... la ley os autoriza á divertiros hoy 5 de Junio de 1814, dia de san Bonifacio, vuestro patron; en su consecuencia os estimulo á remojar la garganta, sin reserva ni medida, teniendo en consideracion que soy yo, vuestro teniente alcalde, el único que vende vino en dos leguas á la redonda.

ALD. ¡Viva el teniente alcalde!

GRELU. Gracias, hijos. Ahora tengo que leeros un bando del señor sub-prefecto de fecha 2 de junio de 1814.—Dice el bando.—(*Leyendo.*) «Que todo el mundo se presentará con rostro alegre, muy alegre, y se dirigirá al son de una música no menos alegre, en busca de su señoria el gran bailio de Clermont, que ha vuelto á entrar en Francia tras largos años pasados fuera del reino; y el

cual se digna separarse del camino real, para venir á visitar á sus muy amados súbditos y súbditas.

JOSON. A sus súbditos de ambos sexos.

GRELU. Joson, te niego la palabra.

JOSON. ¡Si no he dicho nada!

GRELU. ¡Sí, que has dicho!

JOSON. Cuando digo que no.

GRELU. (*Leyendo.*) «Y súbditas, á fin de que tengan la satisfaccion de contemplar un instante á su legítimo señor, y puedan prestarle los homenajes debidos.»

JOSON. ¡Quedamos enterados!

ALD. ¡Que si quieres! Yo me voy á cuidar de mis campos hasta la hora de la funcion.

OTRO. Yo á escardar el huerto.

OTRO. Yo á recoger mis vacas.

JOSON. Pues yo me voy á comer un tasajo.

GRELU. (*Gritando.*) No hay que marcharse ninguno.

JOSON. Volveremos para la funcion.

TODOS. Si, si, para la funcion.

JOSON. ¡Ea, venid vosotros!... ¿Pero quiénes son esos que llegan? ¡qué fachas! mirad, mirad.

GRELU. Es el gran bailío y los que le acompañan... ¡Vamos! vamos á su encuentro. (*Todos los aldeanos se escapan.*) ¿Qué es esto? ¡me dejan plantado!... (*Á los mozos de la posada.*) Pronto, vosotros, id en busca de esos viajeros... que al menos no pierda yo mi parroquia. (*Vánse todos.*)

ESCENA II.

CASTEL-BLANC, CLERMONT, EL VIDAMO, *la* SEÑORITA VERMANDOIS, HÉRCULES *de* MONTBAZON.

CLERM. Por aqui, por aqui, señora... he divisado á mis caros aldeanos que venian precipitadamente hácia nosotros.

VERM. Pues yo no veo por aqui á ninguno de esos caros aldeanos.

CAST. Mas trazas tienen de huir de nosotros por lo que voy viendo.

VIDAM. Si, de huir de nosotros... lo mismo iba yo á decir.

HERC. En efecto... creo... (*Subiendo hácia el foro.*)

VERM. Aqui, Hércules. (*Llamándole.*)

HERC. ¡Si, abuelita! (*Volviendo deprisa.*)

VERM. Si es este el recibimiento que os hacen vuestros vasallos...

CLERM. Ya habeis visto los preparativos de la funcion, flores, guirnaldas... Estas pobres gentes, como las hemos cogido desprevenidas nos preparan sin duda alguna sorpresa, algun refresco servido por las muchachas mas lindas del lugar. ¡Jé! ¡jé! mis dominios estaban plagados en otro tiempo de muchachas muy lindas y muy virtuosas.

HERC. ¿Conque lindas, eh? (*Se dirige hácia el foro.*)

VERM. Aqui, Hércules.

HERC. ¡Si, abuelita!

VERM. ¡Libertino! acordaos que hasta dentro de un mes no cumplis los veinte y un años, y que hasta entonces yo respondo al duque de Montbazon de vuestra conducta.

HERC. Si, abuelita.

CAST. Conque en fin, señores, hétenos ya otra vez en nuestra hermosa Francia. Tengo curiosidad de saber lo que ha hecho de ella el tal Bonaparte.

VERM. Pero decid, señores... ¿nos vamos á estar mucho tiempo aqui?

CLERM. No por cierto, vamos á mi castillo.

VERM. Es que está haciendo un calor insufrible... Yo me muero de sed.

CLERM. ¿Por qué no lo habeis dicho antes, señorita? ¡Hola! ¿no hay nadie por aqui?

ESCENA III.

DICHOS, GRELU. *A poco* JOSON.

GRELU. Aqui estoy yo... (*Volviendo con atavios de posadero.*) ¡aqui estoy yo!... (*Quitándose el gorro.*) ¿Qué hay para servir á los señores?

CLERM. Asi me gusta. Pronto, un refresco para esta señorita.

GRELU. Volando, monseñor.

CLERM. Ya veis como son mis vasallos. ¡Eh! ¿pero á qué esperamos?... estoy en mis dominios... y puedo ofreceros cualquiera fruta de estas que veo en los árboles... (*Se dirige á cogerla.*) Justamente, aqui hay uno cargado de ella. (*Tira de una rama que cuelga por cima de la tapia.*)

JOSON. ¡Eh! cuidado con tocar eso. (*Apareciendo en lo alto de la tapia.*)

CLERM. ¡Cómo! truhan, te atreves...

JOSON. Este huerto es mio, y la fruta por lo consiguiente... y al primero que se acerque á cogerla, le arrimo un trancazo que le descrismo.

TODOS. ¡Insolente!

VID. (*Con mucha calma, y tomando un polvo.*) ¡Insolente! esa es la palabra.

HERC. ¡Rústico! ¡villano! (*Yendo á él.*)

JOSON. ¿El qué? ¿el qué? (*Amenazándole con la horquilla.*)

VERM. ¡Hércules, aqui, Hércules!

HERC. Pero abuelita...

CAST. Vamos, vamos, veo que son muy divertidos... vuestros vasallos, señor bailio; creo decididamente que nos costará trabajo desarraigar de Francia lo que ha plantado el tal Bonaparte.

CLERM. ¡Bobada!.. ese aldeano es un mal criado; pero afortunadamente, este que parece un buen hombre, trae ya el refresco.

GRELU. Aqui está el agua y azúcar para esta señora.

VERM. ¡Señorita, que soy soltera! (*Toma el vaso y bebe.*)

GRELU. Por muchos años, señorita.

VERM. Bien está, andad... Gracias, buen hombre.

GRELU. ¡Oh! ¡no hay de qué! son diez sueldos no mas.

CLERM. ¡Cómo! ¡diez sueldos!

TODOS. ¡Diez sueldos!

CLERM. ¡Cómo se entiende! pedirme diez sueldos por un vaso de agua en mis dominios!

GRELU. ¡Vuestros dominios!

CLERM. Si por cierto, y vas á conducirme ahora mismo á mi quinta.

GRELU. ¡Ah! perdonad la curiosidad, ¿sois vos entonces el señor gran bailio?

CLERM. El mismo.

GRELU. Pues entonces, me habreis de perdonar, señor gran bailio difunto...

CLERM. ¡Cómo, difunto!

GRELU. No, señor ex-gran bailio, he querido decir... me habreis de perdonar que os haga presente que aqui ya no teneis ningunos dominios, ni tierras, ni cosa que lo valga.

CLERM. ¡Cómo! ¿pues y mis casas de labranza? ¿y mi quinta?

GRELU. Las casas pertenecen al señor sub-prefecto, y la quinta ha sido destruida.

CLERM. ¡Destruida mi quinta!

GRELU. No ha quedado de ella mas que el palomar.

CLERM. ¡Un palomar!.. tengo por todo dominio un palomar!

JOSON. (*Que se ha quedado encima de la tapia.*) ¡Y ese es mio, cuidado con ella!

CLERM. ¡Tuyo!

JOSON. ¡Como que tengo en él una cria de conejos!

CLERM. ¡Pero esto es inaudito!

VERM. Nos han puesto la Francia desconocida.

CAST. Es escandaloso. (*Riendo.*)

VID. (*Con calma y tomando un polvo.*) Escandaloso, esa es mi opinion.

VERM. ¿Pero qué vamos á hacer?

CAST. Creo que lo mas prudente será meternos en una posada.

GRELU. Aqui hay una excelente... y en la que tienen de comer de todo.

HERC. De todo... (*Dirigiéndose hácia la posada.*)

VERM. Aqui, Hércules. (*Hércules vuelve.*) ¿Donde está el posadero?

GRELU. Soy yo.

VERM. Mandad que nos preparen las mejores habitaciones.

GRELU. ¡Habitaciones!.. es que no tengo mas que tres piezas.

CAST. Pues bien, nos acomodaremos en ellas.

GRELU. Es que estan tomadas.

VERM. ¿Tomadas las tres?

GRELU. Por una señora que ha llegado esta mañana.

VERM. Entonces quiero ponerme en camino inmediatamente.

CLERM. ¿Y yo que he despedido los caballos que nos han traido? ¿Hay aqui maestro de postas?

GRELU. El maestro de postas soy yo.

CLERM. ¡Tambien esa!

JOSON. (*Sobre la tapia.*) Y yo soy el postillon, para servirle.

VERM. Pues enganchad corriendo.

GRELU. No puedo.

CAST. ¡Cómo que no puedes!

JOSON. ¡Cuando dice que no puede! (*Gritando y sobre la tapia.*)

CAST. ¿No teneis caballos, por ventura?

GRELU. Si señor, tengo todavia cuatro.

VERM. Pues entonces...

Grelu. Pero estan comprometidos con la señora de esta mañana.
Todos. ¿Tambien?
Verm. Que esa señora se contente con dos, y que nos deje los otros; vos elegireis.
Grelu. No puede ser, me los ha pagado ya.
Joson. Con postillon y todo. (*Id.*)
Verm. Se os obligará á que los deis; nos dirigiremos á la autoridad; porque aqui habrá una autoridad?
Grelu. Hay un alcalde, señorita.
Todos. ¡Un alcalde!
Grelu. Un alcalde que está ausente; pero en su lugar ha quedado el teniente.
Clerm. ¿Cómo habeis dicho?
Grelu. ¡El teniente!
Clerm. ¿Pues qué, es de tropa?
Joson. El teniente alcalde! (*Gritando desde la tapia.*)
Verm. Se llamará asi ahora... ¿Y dónde está ese teniente alcalde? nos dirigiremos á él, y vereis como os obliga.
Grelu. El teniente alcalde, soy yo.
Todos. ¡El!
Verm. ¡Siempre él!
Joson. (*Desde la tapia.*) Y yo soy el guarda, y por eso echo mano á los que roban la fruta.
Verm. ¿Qué va á ser de nosotros? ¿qué vamos á hacer?
Grelu. Si esa señora quisiera cederos... Mirad, aqui viene justamente... arreglarse con ella... yo me vuelvo á mi cocina...
Joson. Y yo voy aqui á la vuelta á echar un trago. ¡Cuidado con tocar la fruta! (*Desaparece.*)

ESCENA IV.

Dichos, Flora.

Flora. ¿Es de mí de quien se hablaba?
Cast. ¡Preciosa muchacha!
Herc. Preciosa muchach... (*Yendo á ella.*)
Verm. Aqui, Hércules.
Herc. Si, abuelita. (*Volviendo.*)
Flora. (Vaya unas figuras!) (*Riendo.*)
Cast. Perdonad, señora, de vos era en efecto de quien habla-

ban estos caballeros con la señorita de Vermandois.

FLORA. (¡Ya estoy!.. son emigrados que vuelven á los años mil...) Señorita. (*Haciendo una reverencia.*)

VERM. Señora... (*Devolviéndosela.*)

FLORA. ¿Puedo saber lo que se hablaba de mí?

VERM. Nada... que vos os habeis apoderado, señora, de todos lo cuartos de la posada, y de todos los caballos de posta.

FLORA. Es verdad, me carg... me incomoda mucho la vecindad en los cuartos de las posadas; y me gusta hacer muy deprisa los viajes.

CLERM. ¿Volveis como nosotros?

FLORA. Si, vuelvo... de paseo.

CAST. Perdonad, no es eso lo que ha querido decir mi amigo.

FLORA. ¡Ah!

VERM. Deseamos saber si esta señora, aprovechando la caida de ese usurpadorzuelo...

FLORA. ¿Cómo decis?

VERM. De ese usurpadorzuelo... de Napoleon.

FLORA. (¡Ah! asi tratas tú al grande hombre... Ahora verás!)

VERM. Deseamos saber si esta señora vuelve ahora á Francia, y si es de clase.

FLORA. Yo lo creo. (Y de clase que calza muy estrecho.)

VERM. ¿Esta señora es condesa?

FLORA. No.

VERM. ¿Duquesa?

FLORA. No.

VERM. ¡Princesa!!!

FLORA. (¡Princesa! algunas veces hacemos ese papel en las óperas.) ¿Princesa? Si señora.

VERM. ¡Señora! (*Haciendo la reverencia.*)

TODOS. ¡Señora! (*Id.*)

FLORA. Señores... (*Cómicamente.*)

VERM. ¿Es heehicera, no es verdad?

TODOS. ¡Adorable!

HERC. ¡Oh! si adora... (*Dirigiéndose á ella.*)

VERM. ¿Qué es eso, Hércules?

HERC. Si, abuelita. (*Volviendo.*) (Ya me va fastidiando abuelita.)

VERM. Por si os queda algun escrúpulo, y como es bueno conocerse, yo me llamo Rosalia Rosalba de Vermandois del capítulo noble del ducado de Beaumont.

FLORA. Pues entonces, creo que nos entenderemos.

HERC. ¡Mejor que mejor!
TODOS. ¡Ah!
VERM. ¿Conque consentis?
FLORA. En cederos dos asientos?.. Si por cierto. Pero por miedo de que no os quede algun escrúpulo, y como es bueno conocerse, yo me llamo Není Flora, por otro nombre la Camargó, bailarina del teatro imperial de la Grande Ópera.
TODOS. ¡Bailarina!
FLORA. ¡Já! ¡já! ¡já! (*Riendo.*)
CAST. Conque... bailarina... ¡Já! ¡já! ¡já! (*Id.*)
VERM. ¡Oh! ¡qué horror! (*Éntrase en la posada.*) Venid conmigo, Hércules.
HERC. (*Quedándose y acercándose á Flora.*) ¡Hola! conque las bailarinas son asi, tan bonitas.
VERM. (*Volviendo encolerizada.*) ¿Qué es eso? ¿qué es eso, Hércules?
HERC. Si, abuelita. (*Corriendo. La sigue.*)
VERM. Venid, señores, venid.
TODOS. ¡Una bailarina! (*Vánse todos menos Castel.*)
FLORA. Los he puesto en dispersion con una palabra.
CAST. Por Dios que la broma ha sido buena.
FLORA. ¿Qué es eso? ¿no os causo miedo á vos?
CAST. Yo, hermosa mia, no acostumbro á tener miedo... ni aun de una mujer bonita.
FLORA. Veo que valeis mas que ellos... y os ofrezco por lo tanto uno de mis caballos.
CAST. Yo viajo á la ligera, y acepto con sumo gusto.
FLORA. Celebro, caballero, esta ocasion que se me presenta de poder complaceros.
CAST. Señorita, mil gracias. (*La coge de la mano y la acompaña hasta la puerta. Óyese dentro el ruido de un carruaje, y gritos de alegría.*)

ESCENA V.

GRELU *saliendo*, CASTEL-BLANC.

GRELU. ¿Qué es lo que pasa?
CAST. ¿Qué ruido es ese?
GRELU. (*Que ha subido á mirar.*) ¡Ah! es una cuadrilla de saltimbanquis que vienen para la funcion... Voy á inter-

rogarles.

CAST. ¿A interrogarles?

GRELU. Si por cierto; ó soy ó no soy teniente alcalde. Es que, habeis de saber, que en estos momentos hay que andar muy listos, porque nos han dicho que van á entrar por la frontera una bandada de pícaros que son muy sospechosos. Aqui tengo la lista, mirad: «Lacour, Margrat, Lavarennes.» (*Leyendo.*)

CAST. Lavarennes, que vendió primero al ejército republicano y luego al ejército de Condé... sentenciado á muerte en 1794 por haber robado y asesinado al pagador del ejército realista.

GRELU. Ese mismito.

CAST. Procurad, si podeis echar la mano á ese. Era un bribon temible por lo osado y astuto. (*Óyese nueva algazara dentro, y acuden muchos aldeanos.*)

ESCENA VI.

DICHOS, ALDEANOS, BELFEGOR, MAGDALENA, ENRIQUE, *la* NIÑA, BELLO-AMOR, *y tres músicos vestidos de encarnado. Belfegor aparece rodeado de su familia y comparsa, en una berlina vieja descubierta, tirada por un caballo blanco. El carruaje se detiene en medio del teatro. Belfegor se levanta y saluda.*

BELF. Llama á la gente, Jacobillo. (*En pié. Enrique hace sonar el tamboron y los timbales. Los otros tocan el clarinete. Acuden á la escena otros muchos aldeanos*) Señores y señoras, aldeanos y aldeanas, con permiso del señor prefecto, del señor alcalde y del señor celador de montes... ¡Saluda, Jacobillo!

ENR. Si, maestro. (*Dando un toque de timbal, y contestando con voz chillona.*)

BELF. Con el permiso de las respetables autoridades susodichas, vamos á tener el honor de ejecutar en vuestra presencia nuestros inimitables trabajos!.. Trabajos de gracia, elegancia y destreza, ejercicios maravillosos, que han causado la admiracion de todas las córtes extranjeras... Saluda, Jacobillo.

ENR. Si, maestro. (*Id.*)

BELF. Ejercicios que nos han valido los sufragios de todas las

testas coronadas; ejercicios, finalmente, por los cuales somos llamados en estos momentos por el emperador de Marruecos. Pero habiendo sabido que es hoy la fiesta de este pueblo, hemos desatendido al marroquí por los amables habitantes del concejo de Landrecí... Vuelve á saludar, Jacobillo.

ENR. Si, maestro.

BELF. Venimos á ofreceros igualmente sesiones de ventriloquia, de nigromancia, de quiromancia, de cartomancia, llamada por otro nombre la buena ventura! Anunciaremos á todas las solteras el año, mes, semana, dia y hora de su próximo casamiento, y á los mozos el número que han de sacar en la quinta. (*Vuelve á sonar la música.*)

AMOR. (*Leyendo un cartel.*) «La funcion comenzará á las dos por una representacion extraordinaria de los juegos indios, y de los doce trabajos de Hércules del inimitable Belfegor, y terminará por vuestro servidor, la ilustre vaca marina, aqui presente, que, despues de haber hablado el chino, el árabe, el kalmuco, en una palabra, treinta y cuatro lenguas diferentes, os hará ver que no sabe la suya.

BELF. ¡Adelante con la música! (*Música general; los aldeanos aplauden. Belfegor se echa fuera del carruaje, y hace bajar á su mujer y á sus hijos, besando á estos al ponerlos en el suelo.*) ¡Bello-Amor!

AMOR. ¡Grande hombre! (*Acercándose.*)

BELF. Manda desenganchar á Babieca, y procura que le traten con todos los miramientos que se merece.

AMOR. Si, grande hombre. (*Hace seña á un mozo de la posada que le ayuda á desenganchar el caballo.*)

BELF. ¡Tened, por Dios, mucho cuidado con mi pobre Babieca!.. es despues de mi mujer y mis hijos lo que mas quiero en el mundo.

CAST. Señor teniente alcalde, estas buenas gentes no tienen nada de sospechoso.

GRELU. ¿Quién sabe? mi obligacion es examinarlos. (*Á Belfegor con mal modo.*) ¡Acercaos aqui!.. ¿Vuestros papeles?

BELF. Es al señor prefecto á quien tengo el honor de... (*Con respeto.*)

GRELU. (*Mas afectuoso.*) No soy el prefecto precisamente... soy...

BELF. ¿El señor sub-prefecto?.. Jacobillo, ven aquí y saluda... saluda, hijo mio.

ENR. Si, maestro.

GRELU. Está bien. (*Halagado.*)

BELF. Y vos tambien, señorita. (*A la niña.*)

NIÑA. Si, papá. (*Haciéndole una reverencia graciosa.*)

GRELU. Muy bien... está muy bien... parecen buenas gentes.

BELF. Creo que estos informes bastarán al señor sub-prefecto...

GRELU. Yo... si. . si.. ¿Teneis ahí vuestro pasaporte?

BELF. Si señor, vedlo.

GRELU. Aguardad, tenemos que presentarle en la alcaldía.

MAG. Durante ese tiempo, Guillermo, yo voy á entrar en la posada para que descansen los niños.

BELF. Eso es, Magdalena, recoge á los niños, recógete tú tambien, y no te olvides de mi pobre Babieca, que ha hecho hoy nueve leguas.

MAG. Descuida.

BELF. Hasta despues, mujercita mia. (*Magdalena y los niños se meten en la posada.*)

CAST. ¿Sabeis, buen hombre, que teneis una mujer muy linda?

BELF. ¡Y si supierais qué buena es!.. os diria que es la alegria de la casa, (*Riendo.*) si nosotros tuviesemos casa... ¡Pero andad!.. eso no quita para que seamos felices.

CAST. ¡Felices!... ¿vosotros sois felices?

BELF. Sin dejarlo de ser un solo dia.

CAST. ¿A pesar de la vida que llevais?

BELF. Por lo mismo que llevamos esta vida, al contrario. Somos cuatro, lo cual hace que cada uno de nosotros tenga tres para quererle : cuando uno de los cuatro rie y canta, todos los demas cantan y rien, sin preguntar por qué... y á no ser por la pequeñuela, que la tenemos delicada y enfermiza, no hubieramos sabido nunca lo que es nn instante de tristeza. (*Da besos á la niña Juanita, que viene á traerle un vaso de vino.*)

CAST. ¡Pero las fatigas, los viajes!

BELF. ¡Los viajes! ¡pues si en ellos está el fondo de nuestra alegria! Nosotros nos parecemos á una bandada de pájaros, que echan á volar asi que el cierzo ó el fastidio sopla por algun lado... y como para hacer alto escogemos la fiesta del santo patron de cada pueblo, adonde quiera que llegamos encontramos tan solo caras risue-

ñas y trajes de gala para recibirnos... Por la noche, cuando se ha recogido algun dinero, cenamos alegremente, dando gracias á Dios por lo que hemos ganado durante el dia; y si lo que se ha recogido ha sido poco, no por eso dejamos de darle las gracias tambien por lo que hemos de ganar al dia siguiente.

CAST. ¡Bravo! sois un gran filósofo. (*Riendo.*)

BELF. ¡Yo! yo soy un pobre payaso.

GRELU. Vamos á la alcaldia.

BELF. Si, señor prefecto, estoy á vuestras órdenes. (*Vánse Grelu y Belfegor por el foro derecha.*)

ESCENA VII.

CASTEL, HERCULES.

HERC. (*Saliendo por el foro izquierda.*) Vamos, está visto, no podemos marcharnos.

CAST. ¿De dónde bueno, vizconde?

HERC. ¿Yo?... vengo de caza.

CAST. ¿De caza?

HERC. Si, ando á caza de caballos. Abuelita me ha hecho recorrer todos los caserios para ver si encuentro con qué pueda continuar su viaje... pero no he encontrado nada.

CAST. Pues yo he sido mas dichoso que vos, gracias á las gracias de la bella bailarina... Buena suerte y hasta la vista.

HERC. ¡Señor conde! (*Saludando. Váse Castel. Hércules le acompaña hasta la salida.*)

ESCENA VIII.

HERCULES, FLORA.

FLORA. ¡Oiga! (*Saliendo de la posada.*)

HERC. ¡Calle! (*Volviéndose.*) es la preciosa bailarina.

FLORA. ¡Es el señorito tonto de hace poco! (*Hércules la saluda, y se dirige hácia la posada.*) ¿Qué es eso? ¿tambien me teneis miedo vos?

HERC. ¡Miedo!... no... si... no... quiero decir... es abuelita la que me da miedo... tengo miedo de que...

FLORA. ¿De que abuelita os vea hablar conmigo?...
HERC. Si, señora. (*Turbada.*)
FLORA. ¡Abuelita es una necia!
HERC. Creo que si, señora.
FLORA. Que os trata como á un chicuelo.
HERC. Creo que si, señora.
FLORA. Pero vos sois un hombre...
HERC. Creo que... si, señora. (*Con mucha viveza.*)
FLORA. Pues bien, es preciso enviar á paseo á abuelita.
HERC. (*Con candor.*) Yo la enviaria con mucho gusto, señora.
FLORA. Y por mi parte, deseo darle una leccion por el modo que ha tenido de tratarnos á Napoleon y á mí. ¿Quereis ayudarme á ello?
HERC. Yo bien quisiera... (*Titubeando.*) pero se entiende que no es por Napoleon
FLORA. ¿De veras? (*Sonriéndose.*)
HERC. Confieso que me gustais mas que ese grande hombre.
FLORA. Entonces, para deshaceros de abuelita y vengarme de ella al mismo tiempo, no hay mas que un medio.
HERC. ¿Cuál?
FLORA. Robadme.
HERC. ¡Cómo! ¿robaros el qué? (*Con tono simplon.*) ¿eh? Pero si no tengo caballos.
FLORA. Tomais los mios.
HERC. Si no tengo coche.
FLORA. Tomais el mio.
HERC. No tengo criados.
FLORA. Pues bueno, me robais con mis caballos, mi coche y mis criados.
HERC. Voy á pedir dinero á abuelita. (*Dirigiéndose hácia la posada.*)
FLORA. ¡Cómo!... ¡Aqui, Hércules! ¡Pero estais loco!
HERC. No del todo aun; pero creo que lo estaré en el camino.
JOSON. El carruaje está esperando, señora. (*De postillon.*)
HERC. Vámonos: ea, vámonos... vámonos!
FLORA. Partamos. (*Hércules la coge del brazo.*)
VERM. (*Dentro.*) ¡Hércules! ¿Pero dóndo ha ido? ¡Hércules!
HERC. Si, abuelita. (*Con Flora.*)
VERM. ¡Hércules! ¡qué veo! (*Desde la ventana.*) Aqui, Hércules.
HERC. No puedo, abuelita... estoy haciendo un rapto.
VERM. ¡Insolente! ¿y te atreves?... ¡ah!

(*Desaparece de la ventana. Hércules y Flora se escapan por la izquierda. Oyese un gran ruido en el foro. Magdalena ha salido de la posada para ver lo que pasa.*)

ESCENA IX.

MAGDALENA, CASTEL, *el baron de* ROLLAC, BELFEGOR, GRELU, ALDEANOS.

MAG. ¿Qué es lo que pasa?... ¡Tanta gente! parece una disputa; ¡y Guillermo, mi marido, en medio de todos esos hombres!... ¡Dios mio! ¡Ah! (*Dando un grito. Todos salen á la escena.*)

GRELU. (*A los aldeanos.*) Vamos, vamos, nada de grupos, ú os hago arrestar á todos por el guarda. (*A Belfegor.*) Vos os habeis portado, y ahí teneis el permiso para dar funciones, valiente Belfegor.

ROLLAC. ¡Belfegor!

BELF. Muchas gracias, señor magistrado.

ROLLAC. (*Aparte.*) Belfegor es el hombre que yo busco. (*Habla bajo á Grelu.*)

MAG. Guillermo, ¿pero qué ha sucedido?

BELF. Hija, la cosa no ha durado mucho; pero yo no creí que tenia tanta fuerza.

CAST. Vuestro marido, señora, acaba de tomar bizarramente nuestra defensa.

ROLLAC. La verdad es que ha venido á nuestro socorro muy á tiempo.

MAG. Pero en fin...

CAST. Hé aqui el caso. El señor (*Señalando á Rollac.*) ha tenido una quimera con unos campesinos, y como eran cuatro contra él, yo emprendí con los cuatro á latigazos.

BELF. Llego yo á este tiempo, y me veo á estos dos señores rodeados, no ya de cuatro, sino de ocho hombres... ocho, armados de palos y horquillas, jurando acabar con los dos... Y como el señor me habia hablado antes con bondad é interés, del mismo modo que él emprendió con los cuatro, emprendí yo con los ocho... Pero figúrate, Magdalena, que lo mas particular ha sido que á cada puñetazo que yo arrimaba venia un hombre al suelo, como si fuera de carton; de tal modo, que á los

cinco minutos los ocho estaban patas arriba, mirándome como una maravilla ó un fenómeno. Y el mas asombrado de todos era yo; yo, que por vez primera, á mi edad, acababa de descubrir que tengo la resistencia de un toro, la fuerza de un leon... Oye, mujercita, ya no me voy á atrever á estrecharte entre mis brazos.

MAG. ¡Mi buen Guillermo! ¿Pero no estás herido?

BELF. Es que yo me creia como todo el mundo, yo que jamás he reñido con nadie... ¡Ay, Dios mio, y mis hijos! tal vez los habré hecho daño cuando para adiestrarlos les he estirado las piernecitas y los brazos. (*Temblando.*) Y mi pobre pequeñuela quizás por eso esté tan pálida y tan enclenque... ¡Oh! si no fuera así, Magdalena...

CAST. (¡Excelente hombre!)

MAG. No, no, ya sabes que nació delicada; sabes que entonces...

BELF. Entonces... si, es verdad, yo no la cogia en brazos sino para acercar á mis labios su carita de ángel... ¡Ah! no importa, ya no me atreveré á tocar á mis hijos, tendré miedo de lastimarlos sin querer.

MAG. Sosiégate, yo respondo de tí.

BELF. Ea, vamos; aqui tengo ya el permiso, preparemos la barraca. (*Belfegor y Magdalena se dirigen á la carretela, bajan los timbales y diversos objetos.*)

ROLLAC. A mí solo me resta dar las gracias por su generoso auxilio al señor conde de Castel-Blanc.

CAST. Y decidme, señor mio, á quién tengo el honor de hablar.

ROLLAC. Me llamo el baron de Rollac.

CAST. ¡El baron de Rollac!... ¿Venis de América?

ROLLAC. Si.

CAST. ¿No murió en vuestros brazos, en Alemania, el marqués de Montbazon?

ROLLAC. Si... si, en mis brazos murió... (*Algo cortado.*) verdad es.

CAST. Pues yo os he visto antes de ahora, caballero...

ROLLAC. ¡Cómo! vos me habeis... (*Con un movimiento.*)

CAST. Erais muy jóven entonces, un niño casi, cuando acababais de llegar al ejército de Condé.

ROLLAC. Cierto que si...

CAST. Hará veinte años de esto... Confieso que no os hubiera conocido.

ROLLAC. Nada tiene de extraño... la edad y mi larga permanen-

cia en América...

CAST. Los Montbazon tendrán sumo gusto en conoceros... yo soy de la familia, cuñado del marqués, y aqui teneis en esta misma posada á la señorita de Vermandois, su tia, y al jóven vizconde de Montbazon, su sobrino.

ROLLAC. ¿Que sois pariente de los Montbazon decis?

CAST. Si.

ROLLAC. ¡Ah! me felicito de este encuentro. Decid, entonces sabreis que el pobre marqués de Montbazon, que murió en mis brazos dejó un sucesor, una hija.

CAST. Una hija, en efecto, que desapareció siendo muy pequeña, durante la revolucion, y que desde entonces hemos buscado inútilmente.

ROLLAC. Yo creo haber descubierto su paradero.

CAST. ¡Será posible!

ROLLAC. Si, señor ¿Dónde parais?

CAST. Aqui, en el Leon de oro.

ROLLAC. Pues bien, tened la bondad de esperarme en vuestro cuarto, yo iré á buscaros dentro de un instante, y os diré todo lo que sé acerca de esa niña. Tengo que terminar aqui un asunto importante. Hasta despues, señor conde.

CAST. Hasta despues, caballero. (*Entra en la posada.*)

ROLLAC. (*Solo.*) Vamos, valor, Lavarennes, ya estás recibido, aceptado bajo el nombre de Rollac. El verdadero Rollac ha muerto, allá, en América, y la mar no devolverá su cadáver. Era el último de su familia, tú posees todos sus papeles, y entre ellos has hallado un escrito que puede hacer tu fortuna. Si, si, logre yo volver á los Montbazon la hija que gracias á ese escrito he descubierto, y nada tengo que temer ya de la justicia. Vamos, mostremos habilidad y mi porvenir está asegurado.

ESCENA X.

ROLLAC, BELFEGOR.

ROLLAC. (*Deteniendo á Belfegor que se separa del carruaje, y va á entrar en la posada.*) Payaso, oye aqui, tenemos que tratar de un asunto juntos, camarada.

BELF. Caballero...

ROLLAC. ¿Sabes que hace tiempo que te andaba buscando?

BELF. ¿Vos me buscabais á mí?

ROLLAC. Si, á ti, Guillermo, ó por otro nombre Belfegor, ya ves que te conozco.

BELF. ¡Miren la agudeza! hay cien mil en Francia que me conocen asi.

ROLLAC. ¡Oh! es que yo te conozco algo mas que esos, mejor que tú mismo.

BELF. ¡Oiga! ¿Conque sois del oficio? (*Riendo.*) ¿me vais á decir la buena ventura?

ROLLAC. ¿Por qué no? yo he viajado mucho, y sé leer en el destino de los hombres.

BELF. ¡Já! ¡já! ¡já! esa es buena. (*Riendo.*)

ROLLAC. ¿Quieres enseñarme la mano?

BELF. Aqui teneis las dos. Pues señor, vamos á divertirnos. (¡Es un señorito chusco!) Conque deciamos... ¿La derecha ó la izquierda? (*Presentándole ambas manos.*)

ROLLAC. La que tú quieras. Deciamos... que tú estás casado hace doce años.

BELF. ¡Vaya una ciencia! cuando se tiene un hijo de once, y uno no es raquítico, fácil es de adivinar que hará una docena de años...

ROLLAC. Ese casamiento hará tu suerte.

BELF. Ya la ha hecho; me ha dado dos querubines... dos hijos como dos soles... ¿Qué mas? (*Riendo.*)

ROLLAC. Esa mujer con quien te casaste en una aldea de Bretaña, no era hija del pobre jornalero que te la otorgó.

BELF. Eso es verdad. (*Grave.*)

ROLLAC. Aquel jornalero te dijo que el nacimiento de su hija adoptiva era un misterio.

BELF. Con efecto.

ROLLAC. Que un hombre de aspecto miserable se la habia confiado cierta noche, y que el tal hombre, que debia volver á los tres dias, no habia parecido mas.

BELF. Si.

ROLLAC. Esto, en cuanto á lo pasado; y ahora tocante á lo porvenir.

BELF. Perdonad, perdonad, señor mio... (*Con una especie de asombro lleno de candor.*) ¡Pero qué! ¿es verdad que se puede vaticinar lo que ha de suceder?

ROLLAC. ¡Y tú me lo preguntas, tú! que tienes ese oficio.

BELF. ¡Ahí vereis! hace quince años que le ejerzo sin creer

en él.

ROLLÁC. No importa, escúchame: Magdalena será para tí el orígen de una gran fortuna, porque Magdalena pertenece á una ilustre familia, noble al par de los príncipes de la sangre, rica de muchos millones, y la cual te daré á conocer.

BELF. (*Despavorido.*) ¡Ella! ¡Magdalena! noble... ¡noble de muchos millones, rica como los príncipes de la sangre! Y vos me asegurais...

ROLLAC. Te juro que todo esto es verdad.

BELF. ¡Rica! ¡ella, mi mujer!... y mis hijos millonarios en fárfara!.. ¡Ah! ¡Bah! eso es imposible, vos quereis burlaros de mí...

ROLLAC. Todo ello es verdad... muy verdad... Dentro de un instante te presentaré la prueba... y para que no puedas ya dudar de mi palabra, toma, (*Dándole un bolsillo.*) ahí tienes prenda sobre el caudal que te pertenece... veinte y cinco luises; es un pequeño adelanto.

BELF. ¡Veinte y cinco luises! No, no hay príncipe que quiera divertirse á este precio de la credulidad de un pobre hombre.

ROLLAC. Aguárdame aqui; dentro de un instante todas tus dudas quedarán disipadas. (*Al salir.*) (Vamos, mi fortuna empieza.)

BELF. (*Estupefacto.*) ¡Milonarios! ¡Magdalena!... ¡Enrique!... hijos mios, venid... venid todos... venid corriendo.

ESCENA XI.

BELFEGOR, MAGDALENA, ENRIQUE, *la* NIÑA.

MAG. ¿Qué tienes, Guillermo?

BELF. ¿Qué tengo?... qué tengo, ¿eh? Apara tu gorra, muchacho. (*Echando monedas de oro en la gorra de Enrique.*) Toma; ahí tienes lo que tengo, y eso no es mas que una miseria al lado de lo que vamos á tener.

ENR. ¡Uy! ¡cuánto dinero!

MAG. ¡Oro!

BELF. ¡Unas cuantas monedas! (*Con alborozo.*) ¡una miseria... una miseria para tí, mujer! para tí, que eres la hija de un conde, de un duque, de un príncipe, ¿qué sé yo?

MAG. ¿Qué estás diciendo?

BELF. Si, si, todo eso es tuyo. Vamos, abrazadla, hijos mios. ¡Ah! mi pobre Magdalena, yo la adoraba demasiado, era preciso que fuese mas que yo...

MAG. Guillermo... marido mio. (*Trémula.*) Pero... ¿pero es de veras cierto todo lo que me estás diciendo?

BELF. ¡Toma! ¿pues para qué crees que te ha hecho Dios tan hermosa? .. Dentro de un instante, Magdalena, tendremos todas las pruebas en nuestras manos.

MAG. ¡Ricos! vamos á ser ricos! (*Besando á sus hijos.*) ¡Ah, hijos de mi alma! ¡pobres hijos mios! ya no se me partirá el corazon de veros cubiertos de harapos y cas mendigando...

BELF. ¿Qué es lo que dices?

MAG. Ya no sofocaré mas mis lágrimas y mis angustias... no veré violentar vuestra tierna naturaleza... no temblaré á cada paso por vuestra vida! ¡Oh, hijos mios!... ¡hijos mios!... ¡qué dichosa soy!

BELF. ¡Magdalena, Magdalena! hay en tu alegria algo que me hace mal... ¿Luego tú sufrias tanto, pobre mujer?

MAG. (*Dándole la mano.*) ¡Qué importa si he podido ocultártelo!

ENR. (*Abrazándola*) ¡Madrecita mia, madre querida!

BELF. ¡Enrique! es un ángel que Dios nos ha dado.

MAG. ¡Un ángel! no, Guillermo, porque ahora puedo decírtelo que vamos á ser ricos, mi cariño materno no era solo el que sufria... sentia á las veces en mí como instintos de coqueteria, deseos de lujo, de riqueza, de bienestar... mi sangre se sublevaba contra la miseria.

BELF. Y tu sangre tenia mucha razon... era la sangre de vuestros antepasados, señora! pero tú no te avergonzabas de mí, ¿no es verdad?

MAG. ¡Guillermo! tú me has consolado de todo lo que he sufrido.

BELF. ¡Gracias! Y ahora no hay que hablar ya de sufrimientos ni de privaciones; alegria, y nada mas que alegria.

ESCENA XII.

DICHOS, ROLLAC.

ROLLAC. Aqui estoy.

BELF. Es él; nos trae las pruebas.

MAG. Veamos, veamos.

ROLLAC. Aguardad, señora, y escuchadme. El pobre jornalero que os ha criado, Pedro Valin, os recibió de manos de un extraño... ahora, bien, á pesar de los andrajos de que iba cubierto, aquel desconocido era un noble, cuya cabeza estaba puesta á precio, y que se fugaba disfrazado!

MAG. ¡Mi padre!

BELB. Seguid, caballero.

ROLLAC. Vióse obligado á incorporarse con el ejército de Condé, sin haber podido, señora, reclamaros, porque las tropas republicanas vinieron á interponerse entre vos y él.

BELF. ¿Y el nombre de ese señor?

MAG. ¿Si, el nombre de mi padre?

ROLLAC. Lo sabreis ahora. Trascurrieron algunos dias y se dió la batalla... El marqués, porque era marqués...

BELF. ¡Conque este es un marquesito! .. (*Señalando á Enrique.*) Ea, salta, marqués.

ROLLAC. El marqués iba á la cabeza de la vanguardia... y fué herido gravemente uno de los primeros... pero á su lado combatia un amigo... el caballero de Rollac... y ese caballero era yo.

MAG. ¡Vos, el amigo de mi padre!

ROLLAC. Él le recibió... quiero decir... yo le recibí en mis brazos, y el marqués antes de morir pudo trazar estas pocas líneas. (*Desdobla un papel y lee.*) «La niña que existe en poder de Pedro Valin, jornalero de Chaumont, cerca de Saint-Brie, le ha sido confiada por mí, y declaro al morir que esa niña es mi hija. Lego al caballero de Rollac el encargo de buscarla y reclamarla.—Firmado.—El marqués de...»

BELF. ¿De?

ROLLAC. Mas tarde lo sabreis.

BELF. ¡Oh! nosotros no tenemos prisa. (*Moviéndose.*) ¡Voto va! (*Con alegria.*) ¡Tente derechito, marqués! (*A Enrique.*)

MAG. ¿Y mi madre, caballero?

ROLLAC. El marqués la habia ya perdido pocos dias despues de vuestro nacimiento...

BELF. ¿Pero cómo es que hasta ahora únicamente?...

ROLLAC. ¿No se han hecho pesquisas?... es muy sencillo... De la familia de vuestro padre, señora, no quedan por línea recta mas que un anciano, vuestro abuelo, y des-

pues de este algunos colaterales; una señora de edad, hermana suya, y un sobrino menor, si no me engaño. Todos estaban emigrados... todos ignoraban en poder de quién habia dejado el marqués á su hija. El caballero de Rollac lo sabia únicamente, es decir, yo era el único que lo sabia, y la noche misma de aquella sangrienta batalla, á fin de salvar mi cabeza, me embarqué para América... Allí tuve un desafio, en el que fuí herido casi mortalmente por un tal Lavarennes. Y el secreto de vuestro nacimiento hubiera sido sepultado conmigo...

BELF. Si no os hubiesen vuelto á la vida.

ROLLAC. Sí, precisamente... En fin, despues de varios reveses y aventuras, he podido regresar á Francia hace un mes, y bendigo la casualidad que en tan poco tiempo de indagaciones me ha permitido hallaros. ¿Seguireis pensando ahora que os he engañado?

BELF. ¡Oh! no, no, os creemos.

ROLLAC. En ese caso fijemos las bases de nuestro convenio, estipulemos las condiciones.

BELF. ¿Nuestro convenio? (*Admirado.*)

MAG. ¿Qué significa?...

BELF. Nuestras condiciones... ¡Ah! entiendo: es decir... perdonad, caballero, no he cogido bien...

ROLLAC. Se trata sin embargo de un asunto bien sencillo. Segun ya os he dicho, la familia de esta señora es rica, inmensamente rica... y una de las primeras de Francia por su nobleza... ¿De qué modo suponeis vos que debe proceder?

BELF. Yo no supongo nada... Tenemos, segun acabais de decirnos, un anciano que se volverá loco de alegria por haber encontrado á la hija de su hijo... tenemos por otro lado al marido, que se está deshaciendo por llevársela... Conducidnos adonde él está, caballero, y si tiene corazon de padre, vereis cómo nos entendemos.

ROLLAC. ¿Donde él está?... ¿pero vos no pensais en lo que decis?

MAG. ¿Cómo?

BELF. ¿Qué quereis decir?

ROLLAC. ¡Acaso puede él presentar como cosa suya á la mujer del payaso Belfegor, á los hijos del payaso Belfegor!

MAG. Caballero...

BELF. Mujer, llévate á los niños; todavia no han aprendido á

avergonzarse de su padre. (*Magdalena se los lleva y vuelve.*)

MAG. ¡Dios mio!

BELF. Vamos á ver, caballero; explicaos claramente, y sobre todo explicaos pronto.

ROLLAC. Pues bien, hé aqui lo que tengo que proponeros en nombre del abuelo de esta señora... Como ninguna mancha debe empañar el blason de tan ilustre familia, esta señora... (*Sonriéndose.*) qne no puede aparecer como esposa vuestra, será presentada en el mundo como viuda de algun grande, muerto en el extranjero.

MAG. ¡Viuda! ¡yo! (*Con energia.*)

BELF. (*Conteniéndose.*) Proseguid, proseguid señor mio.

ROLLAC. Podrá, si su cariño lo exige, llevarse con ella uno de sus hijos.

MAG. ¡Uno de mis hijos!

BELF. Seguid, seguid.

ROLLAC. Se os asegurará la suerte del otro, y...

BELF. ¿Y el marido? no hemos hablado del marido. (*Con frialdad.*)

ROLLAC. Cualesquiera que sean sus exigencias, serán respetadas; vos mismo podeis fijar la cantidad.

BELF. ¡La cantidad! (*Estallando.*) ¡conque se trata de cantidad! Callad, callad, por vuestro propio decoro; no se viene á la faz de Dios y á la clara luz del dia á proponer á un padre que venda á su mujer y á sus hijos.

ROLLAC. ¿Pensariais en negaros?

BELF. ¡Oyes, Magdalena, me prengunta si pienso en eso!

ROLLAC. Reflexionad lo que haceis, la ley está por nosotros.

BELF. La ley reprueba vuestro trato.

ROLLAC. (¡Ah! tú te opones á mis proyectos!..) Vuestra voluntad no es la única que hay que consultar.

BELF. ¡Vamos, dile la tuya, Magdalena!

MAG. Caballero, esa familia que todavia no conozco, nos adoptará á todos, ó no adoptará á ninguno.

BELF. ¡Bien! ¡Oh! yo no dudaba de tí, nó.

ROLLAC. Un casamiento como el vuestro, no une...

BELF. ¿Qué osais decir?

ROLLAC. Digo que una familia tiene derecho de protestar contra los vínculos contraidos por una menor sin el consentimiento de esa familia; digo en fin, que si no aceptais la fortuna que os ofrecen, los magistrados sabrán obliga-

ros á devolver una mujer que no os pertenece. Nos veremos en breve. (*Váse.*)

ESCENA XIII.

DICHOS, *menos* ROLLAC.

BELF. ¡Una mujer que no me pertenece! ¿es eso verdad, Magdalena? ¿pueden las leyes separarnos?

MAG. ¡Oh! no temas, Guillermo... yo no consentiré nunca en dejarte.

BELF. No, tú no consentirás, bien lo sé... Pero los jueces... pero las leyes, como él dice... esas leyes con que me amenaza, yo, pobre de mí, no las conozco y tengo miedo.

MAG. Vamos, tranquilízate, querido Guillermo.

BELF. Que me tranquilice... Mira, dime que van á venir ahí, diez, veinte á matarme en tu presencia, delante de tus ojos... y me verás sereno... pero quieren llevaros... ¡llevaros á todos!.. á tí, ¡Enrique mio! ¡á mi Juanita querida! ¡Oh! ¡esa idea me vuelve cobarde! ¡Tengo miedo, Magdalena, tengo miedo!

MAG. ¿Pero qué quieres hacer?

BELF. ¿Qué quiero?.. quiero... (*Llorando.*) quiero tenerte... quiero tenerte conmigo... quiero... (*Exaltándose.*) ¡Sé yo acaso lo quiero!.. quiero que no me roben mi familia!

MAG. Pues bien, tengamos serenidad y busquemos un medio.

BELF. No hay necesidad de buscar, ya lo he hallado yo; vamos á partir.

MAG. ¡Partir!

BELF. En seguida, al instante. Bello-Amor. (*Yendo á la posada.*)

AMOR. ¡Patron! (*Saliendo.*)

BELF. Mi caballo, corriendo, mi caballo.

AMOR. Está haciendo lo que yo... (*Asombrado y comiendo.*) está tomando el pienso. (*Guillermo hace un gesto, Bello-Amor obedece.*)

BELF. ¡Enrique! ¡Juana! (*Llamando.*)

ENR. Aqui estamos, padre.

BELF. Nos marchamos, hijos, nos marchamos; no perdamos un minuto... Vamos, los trajes, las alfombras, el tambor, todo, todo al coche... (*Diciendo esto, arroja al co-

che todo lo que habia sacado de él; la misma niña lleva un lio, mientras que Enrique y Bello-Amor enganchan el caballo; Belfegor los ayuda.) Pobre Babieca, á tí te toca salvarnos hoy. Ven aqui, tú; *(A Bello-Amor.)* los otros estan ahi, no es verdad?

AMSR. Si, si, ¿pero qué hay?

BELF. Nos marchamos sin ellos para no perder tiempo... Pero yo no soy de esos empresarios que se despiden de su gente presentándose en quiebra. Toma, distribúyelos eso, el oro de ese caballero!

AMOR. ¡Oro!

BELF. Anda. Ahora nosotros, muchacho. *(Bello-Amor váse.)*

MOZO. Aqui estoy.

BELF. *(Trayendo al mozo al proscenio.)* Dime la verdad, ¿no hay ningun caballo de posta?

MOZO. Ninguno en este momento.

BELF. *(Dándole el resto del bolsillo.)* Ten, toma esto; es de parte de un príncipe, lo oyes, de un gran príncipe que retiene y paga de antemano todos los caballos que vuelvan aqui por espacio de tres dias, por tres dias, ¿entiendes?

MOZO. Está dicho.

BELF. Toma, hijo mio, toma para tí. *(Le da una moneda de oro.)*

MOZO. *(Al marcharse.)* Id descuidado; aunque volviesen cien caballos ni uno solo ha de salir.

BELF. Ahora, todos á su sitio. *(Magdalena y los niños suben al carruaje.)* Tres dias... tres dias de delantera y yo conozco el pais... *(Sube al coche, y Bello-Amor á la trasera.)* Conozco todos los atajos... Partamos. *(En pié y con las riendas en la mano.)* Guardad vuestras riquezas, señor duque; yo me llevo mi tesoro.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Una buhardilla.—Chimenea á la izquierda, en primer término, mas allá una puerta.—Ventana grande al foro, puerta de entrada á derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA.

BELFEGOR *solo, ocupado en hacer las faenas de la casa.*

¡Eh! ya está todo en órden; eso menos tendrá que hacer Magdalena cuando se levante... ¡Creo que la niña llora!.. (*Escuchando.*) Va á despertar á su madre... No, las dos duermen!.. Duerme, pobre mujer, y haz por olvidar los goces que te han hecho entrever. ¡Oh! no lo puedo remediar; desde aquel dia no puedo desechar mis temores. Me parece que Magdalena está pesarosa; observo todas sus acciones, medito todas sus palabras... y paso asi de la sospecha al enojo... ¡Oh! aquel caballero pícaro me ha hecho muy desgraciado.

ESCENA II.

BELFEGOR, ENRIQUE, BELLO-AMOR, *con provisiones.*

BELF. ¡Ah! ¡eres tú al fin!.. ¿Dónde está Enrique?
AMOR. Ha venido conmigo á la plaza; por la otra escalera sube.

ENR. (*Saliendo.*) ¡Alegria! ha salido el sol y podremos trabajar en la plaza; vamos á tener mucha gente y á recoger mucho dinero. Buenos dias, papá.

BELF. No metas ruido, que está durmiendo tu madre. Este diablejo entra siempre como un torbellino.

ENR. ¡Pobre mamá! Voy á andar de puntillas, como un céfiro.

BELF. Las personas acomodadas se estan en la cama hasta las nueve; yo quiero que ella duerma hasta las nueve, ¿entiendes? ¡Pues no faltaba mas!.. Porque en fin, si ella quisiese... pero no quiere... nos ama á nosotros demasiado para otra cosa.

ENR. ¡Oh! ¡bien seguro! Ayer, sin ir mas lejos, nos cogió en brazos á Juanita y á mí; nos dió una infinidad de besos en la frente, en las manos, hasta en el pelo y despues nos dijo llorando: No, yo no os dejaré nunca.

BELF. ¡Ha dicho eso!.. ¡y llorando la pobrecita!.. Y tú te estás asi con los brazos cruzados en vez de darte prisa á limpiar esa verdura. Ea, pronto, á hacer las sopas. Vamos, Bello-Amor, á pelar, á pelar, hijo mio.

AMOR. No tengais cuidado, patron, asi fuera una ave... las patatas me conocen, somos amigos antiguos. (*Monda una patata.*)

BELF. ¡Bárbaro! ¿Qué estás haciendo? las quitas la mitad. ¿Quién ha visto mondar una patata de ese modo? Voy á enseñarte como se hace con primor... Se coge la patata con cariño, entre el pulgar, el índice y el dedo de corazon, y se le imprime al cuchillo un movimiento suave y delicado... asi... que baste á levantar el pellejo sin mutilar la patata... ¿lo ves?

AMOR. ¡Y este hombre no es sub-prefecto!

BELF. Ahora pongamos la mesa sin ruido y sin mucho ir y venir.

ENR. Eso es. (*Bello-Amor coge los platos y deja caer uno al suelo.*)

AMOR. ¡Por vida de!..

BELF. ¡Animal! ¡Te dije que no metieras ruido! (*Le da un puntapié por detrás. Bello-Amor deja caer los demas platos.*)

ENR. ¡Ah! eran los únicos que quedaban.

BELF. Quiere decir que asi no romperá ya mas. (*A Enrique.*) Toma, ahí tienes tu pantalon de carnes, que te he remendado lo mejor que he podido, ¡cuídale bien!.. Cuan-

do haces el salto doble de carpa y te dejas caer abierto de piernas, doblas demasiado las corbas, ya te lo he dicho cien veces... violentas asi el pantalon y crac! trabajo para Magdalena.

ENR. ¡Oh! perdóname, papá: mira, voy á decirte la verdad; me encojo sin querer, porque al pronto tengo miedo, pero ya se me pasará. Despues se me ocurre, y digo: es por tu buena madre, es por tu hermanita por quien estás trabajando., Enrique... y eso basta para tenderme bien.

BELF. ¡Ven que te dé un abrazo, ven, hijo mio! ¡Has sacado el corazon de tu madre!

ESCENA III.

DICHOS, CATALINA.

CAT. (*Sorprendiendo á Belfegor y á Enrique abrazados.*) Asi quiero yo encontrar á la gente. Eso le alegra á uno el alma... Buenos dias, vecino.

BELF. ¡Ah! es nuestra excelente vecina, la buena señora Catalina, la única persona tal vez en el mundo entero que se interesa por nosotros.

CAT. Yo soy amiga de las gentes honradas. ¿Pero qué es esto? ¿y Magdalena?

BELF. Está durmiendo.

CAT. Y entre tanto vos haceis las haciendas de la casa.

BELF. ¡Oh! asi, por cima no mas, para distraerme; á mí me entretiene eso, y á ella no le gusta mucho barrer ni limpiar... ya se vé, tiene unas manos tan blanquitas y tan finas!... ¿Habeis reparado alguna vez qué bonitas manos tiene mi mujer?

CAT. Sois muy bueno, señor Guillermo. (*Sonriéndose.*) Y la pequeñita ¿cómo sigue?

BELF. ¡Che! asi, asi; es idéntica á su madre: una ovejita, pero no levanta cabeza; ¡está tan pálida la pobre niña! en fin, madre é hija asi me las ha dado Dios y asi las quiero.

AMOR. Estamos sin vino.

BELF. ¡Pues cómo! anoche quedó la botella llena.

AMOR. Es que... se me ha roto.

BELF. Yo si que te voy á romper á tí alguna cosa el mejor dia... (*Dándole dinero.*) Toma, corre. (*Váse Bello-Amor.*) En-

rique, creo que anda Magdalena ya en su cuarto..... (*Aplicando el oido y dirigiéndose á Enrique.*) se habrá levantado... Ea, ¡hop! anda á darla un beso y á saber si necesita algo.

ENR. Entonces tú cuidarás de la comida.

BELF. Si, anda aprisa, y toma tu pantalon, te vestirás para estar pronto. (*Enrique entra en el cuarto de Magdalena.*)

ESCENA IV.

BELFEGOR, CATALINA.

BELF. Este es otra cosa. ¡Un corazon de oro y unos músculo de acero! lo que se llama un hombre hecho y derecho. Por lo que hace á la niña, espero en Dios que se pondrá mejor: lo que tiene ahora es cansancio y nada mas. Cuando pienso que hemos atravesado toda Francia para venir aqui, á Angulema, y que hemos caminado de prisa, de prisa...

CAT. ¿Y por qué teniais tanta prisa de llegar?

BELF. No es de llegar de lo que tenia prisa, sino de alejarme, de huir... (*Movimiento de Catalina.*) ¡Oh! no vayais á creer que habia hecho nada malo, ni que habia quitado nada á nadie; al contrario.

CAT. ¿Cómo al contrario?

BELF. Si, querian quitarme á mí lo que es mio, lo que me pertenece, lo que Dios me ha dado diciéndome: Toma, pobre Guillermo; tú eres solo y estás miserable, apenas tienes derecho de pisar con tus pies casi desnudos el empedrado de las plazas públicas. Pues bien, toma; eso será tu tesoro, tu consuelo, tu vida... y querian arrebatármelo... Pero ¿qué digo? perdonad, Catalina, estas son cosas que no interesan mas que á mí.

CAT. ¡Cómo qué? mi buen Guillermo, ya sabeis que yo os quiero, que os estimo, y si por casualidad necesitais alguna recomendacion aqui en Angulema, decídmelo, yo conozco personas ricas, poderosas...

BELF. Grandes señores, duques, caballeros, ¿no es verdad? No, no, yo no necesito su proteccion: que se esten ellos en su casa y Guillermo en la suya, y que cada uno se componga como pueda. La felicidad, sabedlo, no consiste en tener palacios, títulos y plata labrada á montones...

la felicidad consiste en quererse mucho el marido, la mujer y los hijos... y partir juntos el pan que se ha ganado. (*Con cariño.*) Vos debiais, asi como quien no quiere la cosa, hablarle de esto á mi mujer; ella os hace mucho caso á vos, y siempre es bueno que las jóvenes lo oigan.

CAT. ¡Dejaos de tal cosa! ¿Temeis acaso que Magdalena desprecie vuestra desnudez, vuestra pobreza? es imposible... Cuando se tiene un corazon como el vuestro, y se quiere á su mujer como vos quereis á la vuestra, seria muy ingrata...

BELF. Mi mujer es un ángel del cielo... harto bien lo sé, y estoy muy tranquilo.

CAT. ¿Y de qué podia quejarse? ¿qué podria desear?

BELF. ¡Nada! ¡oh! nada, asi lo espero... pero yo no quiero que crea que es desgraciada. (¡Dios mio! con tal que no esté pesarosa de lo que hemos hecho!)

CAT. ¡Desgraciada!.. ¡ella!.. pues si vos os matais por tenerla contenta, lo haceis todo en la casa; todo, hasta la sopa, ¡y qué sopas! (*Viéndole ocuparse de la comida.*)

BELF. ¿Os parece que estarán buenas, no es verdad?

CAT. Yo respondo. (*Acercándose.*)

BELF. ¿Despues de todo, la gente rica no tiene otra manera de hacer las sopas, no es verdad?

CAT. Seguramente que no.

BELF. ¿Cuántas veces comen los ricos al dia? tres ó cuatro veces, lo menos.

CAT. Creo que si.

BELF. ¡Pues entonces, yo quiero que mi mujer haga tambien sus cuatro comidas! ¡Ella se muere por las perdices, quiero que las coma todos los dias, y cuatro veces al dia! ¡Qué diantre! los ricos no pueden comer perdiz mas de cuatro veces al dia.

ESCENA V.

DICHOS, MAGDALENA, ENRIQUE.

CAT. Muy buenos dias, querida vecina, de vos estabamos hablando. (*La besa.*) ¿Y la niña?

MAG. He conseguido dormirla. (¡Pobre hija! ¡cada dia me da mas cuidado!)

BELF. ¿Y tú, mujercita mia, has podido dormir?

MAG. Yo, Guillermo... (¡Ah! ocultémosle mis temores.)

BELF. ¿Eh? ¿qué es eso? ¿tienes los ojos fatigados? ¿será la niña que no te habrá dejado dormir? ¡Pobre hija mia! ¡Pobre Magdalena! (*Sirviendo la sopa.*) ¿Señora Catalina, tomareis una cucharada con nosotros?

CAT. Acepto gustosa; asi podré hacer compañia á Magdalena mientras vos vais á trabajar á la plaza. (*Se ponen á comer.*)

BELF. ¿Qué es eso, Magdalena, no comes?

MAG. No, no me siento con apetito hoy.

BELF. Haz un esfuerzo.

MAG. No, gracias, Guillermo. (*Prueba á tomar las sopas, y lo vuelve á dejar.*)

BELF. ¿No estan acaso como á tí te gustan? las habré puesto saladas, ó insípidas, ó será que ese asno de Bello-Amor las habrá ahumado al encender la lumbre.

AMOR. (*Con la boca llena y tomando muchas cucharadas con avidez.*) Si, eso es, estan ahumadas; vengan acá si no os gustan, patrona.

MAG. ¡Guillermo! ¡mi bueno y excelente Guillermo! no te apures, las sopas no pueden estar mejores.

AMOR. ¡Canario! yo lo creo.

MAG. ¡Pero no tengo gana! (¡Pobre Juanita mia!)

BELF. Entonces, bueno. Siendo asi, tampoco yo tengo gana... Vamos, arriba, señor Bello-Amor.

AMOR. Si no he acabado.

BELR. Arriba, ó empiezo yo. (*Bello-Amor se levanta asustado.*) Y tú Enrique, á buscar la trompeta.

ENR. Si, papá.

BELF. Y la alfombra, mi silla de equilibrios, las espadas, las estopas, los cubiletes. ¿Tienes tú ahí el aro, Bello-Amor?

AMOR. Si, grande hombre.

ENR. Partamos, papá.

BELF. (*Imitando el grito de los saltimbanquis.*) ¡Eh! ¡eh! ahora ¡vais á ver señores! hoy ensayamos la famosa suerte... Yo cojo la silla... mirad esto, Catalina; Jacobillo se sube encima guardando el equilibrio, en un pié, como la fama, yo me lo coloco todo sobre la cabeza, y voy recogiendo asi las monedas, dando la vuelta al corro, mientras mi discípulo toca la corneta... ¡Eh! ¡eh! ¡eh !

MAG. Guillermo, me das miedo.

BELF. ¡Pierde cuidado! es un capricho de artista.

ENR. No tengas miedo, madrecita; desde la plaza adonde vamos, se ve esta buhardilla; yo miraré aqui arriba, y eso me dará seguridad.

MAG. ¡Hijo querido!

CAT. Hasta despues, señor Guillermo.

BELF. (*Bajo.*) Decidla lo que la quiero, buena Catalina; decidle sobre todo que habeis conocido duquesas, baronesas y princesas que no eran tan felices como ella... siempre es bueno. ¡Eh! ¡venid aqui! (*Voz de saltimbanquis.*) venid á ver los ejercicios y habilidades del inimitable Belfegor y de su discípulo. (*Voz natural.*) ¿Estamos ya, muchacho?

ENR. Si, maestro. (*Con voz chillona.*)

BELF. Andando, pues, hijo mio.

MAG. Adios, Guillermo, adios.

ESCENA VI.

MAGDALENA, CATALINA.

MAG. Me alegro en el alma que os hayais quedado, Catalina; tenia que hablaros.

CAT. Ya sabeis que podeis contar para todo conmigo, vecina.

MAG. Yo no he querido afligir á mi marido hablándole del estado de Juanita, pero nadie me quitará de la cabeza que mi hija está muy mala... ¡Oh! si, muy mala.

CAT. ¿Y que quereis hacer á eso? Es una desgracia á la cual es preciso resignaros.

MAG. ¡Resignarme! ¡Qué fácilmente lo decis! ¡Resignarme! ¡oh! ¡no! Dios me protegerá. Dios me ha inspirado ya un buen pensamiento. Aqui, en el primer piso de esta casa, vive un señor muy rico á quien asiste uno de los primeros médicos de la ciudad. Yo quisiera llamar á ese médico, y consultarle acerca de mi niña.

CAT. ¡Pobre mujer! ¡y pensais en eso! ese médico no visita menos de diez francos.

MAG. ¡Diez francos! ¡Dios mio! ¡diez francos!

CAT. ¡Diez francos! si, hija, por eso os decia que era preciso resignarse. Cuando uno es pobre como vos, cuando ha unido su suerte á un infeliz...

MAG. Catalina, ese infeliz es mi marido; y esa niña, por quien

tanto sufro es su hija.

CAT. Si, ya lo sé, Magdalena. (¡Tiene razon, la pobre mujer! Pero no olvidemos lo que he prometido decirla.) Si, eso que decis, es muy santo y muy bueno, Magdalena, pero no quita que las personas ricas sean afortunadas en poder cuidar bien á sus hijos, y atenderlos en todo; y no dejarlos carecer de nada, con lo cual una criatura débil llega á ponerse buena y robusta y á ser con el tiempo una hermosa jóven, que si tiene buen dote hace despues un brillante casamiento. ¡Ay! querida, ya que teneis tan buen corazon, y que sois una buena madre, Dios debia haberos hecho rica.

MAG. ¡Rica! ¡rica! ¿A qué viene decirme eso, apesadumbrarme, destrozarme el corazon? bien sabeis...

CAT. Sé... ¡sé todo lo que debo saber, Magdalena! Sé que si vos quisierais...

MAG. ¡Cielos! Guillermo os ha dicho...

CAT. Guillermo, no, se ha guardado sus secretos; ha sido otro, un señor excelente que os busca, que ha seguido vuestros pasos, que os ha hallado por fin, y que me ha hablado de vos.

MAG. ¡Dios mio!

CAT. Un digno hombre que no os persigue asi, mas que por asegurar vuestra suerte, la de vuestros hijos, de vuestros hijos á quienes tanto quereis, Magdalena.

MAG. ¡Conque nos ha descubierto! ¡Oh! ¡si mi marido supiese!...

CAT. Vamos, Magdalena, sed razonable; ese sujeto está aqui cerca, en mi cuarto, va á venir.

MAG. ¿Va á venir?

CAT. Vedle.

ESCENA VII.

DICHAS, ROLLAC.

ROLLAC. (*A Catalina.*) ¡Dejadnos! (*A Magdalena.*) ¡Si, yo soy, señora, que vengo á saludar por segunda vez á la heredera de una de las casas mas ilustres de Francia! á la hija del Marqués de Montbazon.

MAG. ¡Vos! ¡vos aqui, caballero! ¡Oh! ¡si Guillermo volviese!

ROLLAC. Antes de seguir vuestros pasos escribí al señor duque, vuestro abuelo... La alegria volvió á renacer en su co-

razon al saber que existiais; que yo os habia hallado. Despues me fué preciso hacerle sabedor de vuestra fuga y de vuestra llegada á esta ciudad; pero al mismo tiempo tomé sobre mí el empeño de asegurarle que no estaba perdida toda esperanza.... Él os aguarda, señora.

MAG. ¡No, no, no puedo! ¡no quiero!

ROLLAC. Por órden del duque, uno de sus parientes mas cercanos, el conde de Castel Blanc ha llegado aqui con toda diligencia para acompañaros; sus criados con un carruaje estan á dos pasos de aqui, siempre prontos, esperando vuestras órdenes... Reflexionadlo bien, señora; una familia entera os tiende los brazos; para ella es un luto que cesa, una esperanza perdida y recobrada por un milagro. Para vos es la riqueza, la felicidad.

MAG. ¿Y Guillermo?

ROLLAC. Se asegurará su suerte.

MAG. Si, pero se le rechaza, se le destierra, quieren que se marche, que yo no le vuelva á ver mas.

ROLLAC. ¡Vos le olvidareis!

MAG. ¡Olvidar á mi marido!

ROLLAC. Vuestro marido... dejaos de eso.

MAG. ¿Dudais de ello? lo es ante la ley como lo es ante Dios, lo es por nuestro cariño y por nuestra miseria. Si, yo soy su mujer, porque el sacerdote al unirnos me ha dicho: Magdalena, jurais vivir con este hombre asi en la prosperidad como en la desgracia, asi en estado de salud como en el de enfermedad, y no olvidarle nunca; ¿lo jurais, Magdalena? Y yo he respondido: lo juro. Ya veis que Guillermo es mi marido.

ROLLAC. Pero el Marqués de Montbazon fué vuestro padre, y vos perteneceis á su nombre, á su memoria antes de pertenecer á ese desastroso vagabundo.

MAG. ¡Insultar al padre de mis hijos es insultarme á mí misma!

ROLLAC. Perdonad, señora; vuestra famila está prevenida; os espera, os llama.

MAG. Ella no necesita de mí, mientras que Guillermo...

ROLLAC. Necesita de vos, señora, para que el anciano duque, de vuelta de su destierro, halle al menos á su lado á la hija de su hijo, y tenga algun consuelo en sus postreros dias... Y si ella, esa familia necesita de vos, ¿no nece-

sitais vos de ella? ¿no teneis corazon de madre, un corazon lleno de ansiedad y de ternura por vuestros hijos?

MAG. ¡Dios bondadoso!

ROLLAC. Si, vuestros hijos, marchitos por la miseria, aniquilados por el trabajo, y á los cuales alejándolos de ese hombre, los alejais tal vez de la muerte.

MAG. ¡Ah! no puedo mas... ¡mis hijos! ¡Dios mio! venid en mi ayuda. (*Óyese un sonido lejano de tambor y corneta. Magdalena corre á la ventana y mira á la plaza.*) ¡Alli estan! ¡Guillermo! ¡Enrique! ¡oh! ¡esos horribles ejercicios! ¡Guillermo, tú vas á matar á mi hijo! no, no, se burla del peligro, le ha recibido en sus brazos, se sonrie con él, le besa... los dos levantan la vista hácia mí, y me envian besos... ¡Ah! ¡os amo, os amo! (*Volviéndose á Rollac.*) Retiraos, caballero; vuestras palabras han logrado conmover mi corazon por un momento; pero el vértigo ha cesado. Soy Magdalena, la hija del pobre jornalero; Magdalena con quien Guilermo ha partido el pan. No soy la hija de esos duques olvidadizos, que no se acuerdan de mí sino porque falta un nombre á su raza y una gota á su sangre... Salid.

ROLLAC. (Saldré, si; para volver en breve con refuerzo) (*Con una humilde reverencia.*) Señora marquesa de Montbazon, dentro de una hora me tendreis aqui. (Vamos á buscar al conde.)

ESCENA VIII.

MAGDALENA, *á poco* BELFEGOR.

MAG. ¡Oh! si, ¡Dios me inspira! ¡Dios aprueba lo que hago! ¡estoy cierta de ello! pero Juana... ¡mi hija!... Duerme, ese sueño la hará bien, asi lo espero... ¡Ah! si ese médico... pero diez francos. (*Cuenta algunas monedas.*) Cinco, seis, ¡ah! ¡aqui tengo veinte sueldos mas! ¡Siete francos! Es toda nuestra riqueza, mientras que ellos, mis parientes... No, no, no quiero pensar mas en eso.

BELF. (*Sin ser visto de Magdalena.*) (¿Qué es esto? ¡un hombre acaba de pasar junto á mí en la oscuridad de la escalera, y ha vuelto la cara al verme! Es particular; he sentido como un sudor frio..... Me pareció de pronto que

era... Me habré engañado... si... á no dudar. (*Arrojando violentamente las espadas.*) ¡Pero si fuese él!)

MAG. Guillermo, me has dado miedo.

BELF. ¡Ah! te he dado miedo, ¿y por qué?

MAG. ¿Por qué?... ¿pero qué tienes? traes el semblante demudado.

BELF. No tengo nada.

MAG. ¿No has recogido bastante quizás?

BELF. Si... al contrario... he recogido tres francos y medio. (Me he engañado, á no dudar.)

MAG. ¿Y Enrique, dónde está?

BELF. ¡Enrique! (*Distraido.*) (Creo que el caballero es mas alto.)

MAG. Mírame, Guillermo, ¿quieres decirme lo que tienes?

BELF. ¿No ha venido nadie mientras yo he estado trabajando ahí abajo?

MAG. (*Cortada.*) ¡No! nadie sino es Catalina, con quien he estado hablando de Juanita.

BELF. (Se ha turbado; ¿seria capaz de engañarme?

MAG. (Si yo pudiese sin alarmarle completar la cantidad para el médico.)

BELF. (Está hablando para sí.) ¿En qué piensas?

MAG. ¿En qué pienso? Pienso que... quisiera tener dinero.

BELF. (*Con amargura.*) ¡Dinero! ¡Ah! si, mucho dinero, todo el dinero que te hubieran dado esos grandes señores.

MAG. Guillermo, haceis mal en decirme eso.

BELF. ¡Bueno! ¡eso es! háblame de vos ahora.

MAG. Haceis mal sobre todo en decírmelo en estos momentos.

BELF. (*Acalorándose*) ¡Ah! ¿es decir que estamos ya en el capítulo de los arrepentimientos?

MAG. Yo... ¿me habeis oido nunca quejarme?

BELF. ¡Oh! no siempre se queja uno alto, pero se sufre por dentro; se llora á la sordina... ¡y ademas, no me lo habeis ya dicho en aquella ocasion! «yo sentia en mí deseos de lucir, instintos de lujo, de riquezas, de bienestar Mi sangre se sublevaba contra la miseria!» ¿Vuestra sangre de duquesa, no es esto?

MAG. ¡Ah! me estais insultando, Guillermo.

BELF. ¡Imbécil, quita! ¡Pobre hombre, aparta! ¿qué puedes hacer tú, di, para que olvide su nacimiento? ¡échate á buscar! anda, adivina, inventa, rómpete la cabeza, aguza el entendimiento. Vamos á ver qué has descubierto para

que la señora princesa sea dichosa? ¿Tienes oro, palacios, carruajes, criados vestidos de tambores mayores? No, tú no tienes nada, eres un pobre saltimbanquis, un payaso... ¿tú no puedes, no sabes mas que amarla? ¿qué saca ella con que tú la ames? ya estás viendo que la fastidias, que está ahí inmóvil sin hablarte!.. ¡Ah! ¡lo veo claro! ¿tú quieres dejarme, no es verdad? ¿quieres huir de mí? ¡pues bien, parte, vete, déjame!

MAG. ¡Guillermo!

BELF. ¡Ah! ¡mira! ¡te mataria!

MAG. ¡Dios piadoso! (*Retrocediendo aterrada.*)

BELF. ¡Magdalena! (*Despues de una pausa y como volviendo en sí.*) ¡Magdalena! ¿qué es lo que he dicho? ¡Oh! ¡perdona! no hagas caso de nada, Magdalena, mira, porque estoy loco, tengo manias, tengo ideas que me martirizan, ¿qué se yo? un hombre, un desconocido, menos que eso si quieres, una sombra pasa por mi lado, y al punto me alarmo y me exalto! ¿qué quieres? Yo te lo ruego, Magdalena, mírame... Escucha, ¡oh! ¡te amo tanto! no es contigo con quien me enfado, es conmigo porque no puedo hacerte dichosa, como yo quisiera... ¡Oh! ¡si yo pudiese, si yo supiese! pero no, lo ignoro todo, no puedo nada, y me digo: esta mujer que es tan jóven, tan bella, no tendria mas que pasar ese umbral para ser marquesa, para ser... ¡yo no sé!.. Porque... ¡porque vos hariais una hermosa marquesa, vaya!

MAG. (*Sonriéndose.*) ¡Lo crees tú, mi buen Guillerno!

BELF. ¡Se ha sonreido! ¡ha dicho mi buen Guillermo! ¡Tú me perdonas, ¡Magdalena! ¡me perdonas!

MAG. ¡Si, si!

BELF. ¡Oh! ¡cuán buena eres! Pero no, no me perdones aun, déjame asi á tus pies, tus manos en las mias, déjame mirarte... ¡Oh! ¡decir que puede uno amar tanto! Si alguno nos viese... (*Levantándose.*) ¡Eh! ¿y qué? ¿qué hay de malo en ello? ¡el cariño no cuesta dinero! Dios nos le da gratis, y los pobres, que no tenemos otra cosa, pues! nos atracamos de él... (*Bajo.*) Vamos, vamos no era el caballero, ni quien tal pensó.

MAG. Sea en buen hora; asi es como yo te quiero.

BELF. ¡Me quieres!.. (*Extasiado.*) Dime ahora, Magdalena?..

MAG. ¿Eh?

BELF. ¡Vamos á ver! ¿qué podria yo hacer hoy para que estu-

vieses contenta todo el dia?

MAG. ¿Para que esté muy contenta?

BELF. ¿Si, y que me perdones del todo?

MAG. ¿Del todo?

BELF. Si, habla, dime lo que quieras.

MAG. Pues bueno; dame los tres francos que has ganado esta mañana. (Asi completaré los diez para el médico.)

BELF. ¡Hum! ¡Coqueta! es para comprar una gorra.

MAG. ¿Crees eso?

BELF. Con cintas y marabuses.

MAG. (*Esforzándose para reir.*) ¡Pues ya! ó soy ó no soy marquesa.

BELF. ¡Es verdad! ¡es verdad! ¡oh! mira, tú eres demasiado bonita para un hombre solo... es decir... poco á poco... Vamos, acerca la mano, toma. (*La da el dinero.*)

MAG. ¡Oh! grácias, Guillermo, gracias.

BELF. ¿Qué es eso? ¿dónde vas?

MAG. Yo, voy á buscarla corriendo. (Voy á buscar al médico.)

ESCENA IX.

BELFEGOR, *á poco* CATALINA.

BELF. ¡Bien poca ambicion es una gorra! el vestido que lleva está por cierto muy raido, y el chal todavia peor... no vale maldita la cosa... ¡Oh! ahora que pienso!.. ahi tengo diez francos metidos en una punta de mi pañuelo, y que yo guardaba para comprarme un sombrero y unas botas de lance... las mias han empezado á reirse hace ya dias, y el sombrero va teniendo una forma que no es forma... pero ¡bah! he corrido toda la ciudad y no he encontrado nada á mi gusto; decididamente no me compro chapeo en Angulema. Todos estos sombrereros tienen hormas detestables, y en cuanto á las bòtas, aguardaré hasta que vaya á Paris... al palacio real, en casa Sakouski, que calza solo para ir en coche... ¡Ah! ¿otra vez por aqui, Catalina?

CAT. ¡Calle! ya estais de vuelta.

BELF. Me voy ahora mismo... Si Magdalena vuelve antes que yo, la direis que he ido en busca de Enrique, que se ha quedado en la plaza, y que nos vamos á pasear por la ciudad. ¡Ah! á propósito: decidme... ¿cuánto viene á

costar un buen chal de esos de colores?

CAT. ¿Un cachemir?

BELF. Si, un cachemir.

CAT. ¿De la India?

BELF. Si, de la India.

CAT. ¿Y paraqué quereis saber eso vos?

BELF. Decídmelo, no importa.

CAT. ¡Toma! eso puede costar hasta mil ó mil quinientos francos.

BELF. ¡Mil quininientos francos! ¡mil quinientos francos! ¡ay, Dios mio! Y decidme, ¿no los hay algo mas baratos? Yo quisiera gastar, asi, unos diez francos.

CAT. ¿Os chanceais?... por ese precio apenas encontrareis un chal de lana estampado.

BELF. ¡Un chal de lana estampado! ¡pues ya se vé que es muy bonito un chal de lana estampado! y siempre son de moda. ¡Tonto de mí, que no se me ha ocurrido! Magdalena se muere por los chales de lana estampados. Adios, vecina. (*Volviendo.*) Mamá Catalina?

CAT. ¿Vecino?

BELF. Mi mujer quizás no sepa que hay chales de mil y quinientos francos... no se lo digais, ¿eh? es inútil... Hasta despues.

ESCENA X.

CATALINA, *á poco* MAGDALENA *y el* MÉDICO.

CAT. (*Sola.*) No lo puedo remediar, me da pena este pobre hombre; pero ¡cómo ha de ser! es por la felicidad de Magdalena, el caballero de Rollac me lo ha dicho... ¡Dónde habrá ido ella ahora? ¿Pero qué veo? ha vuelto á subir, está ahí con el médico al lado de la niña; aqui vienen.

MAG. ¿Que teneis que decirme, doctor?

DOC. ¡Pobre mujer! ¡en una buhardilla! ¡qué miseria! ¡y sin recursos!

MAG. ¿No me respondeis?

DOC. ¿Vos sois la mujer de ese titiritero que hace juegos en la plaza?

MAG. Si, señor. ¡Oh! pero sin embargo, doctor, puedo... permitid que os ofrezca... (*Le alarga las monedas.*)

DOC. Guardad, guardad eso, hija mia.

MAG. ¡Oh! es que, mirad, caballero, yo deseo que os intereseis por mi niña, que no la abandoneis. ¿Hay algun remedio que hacer? decídmelo.

DOC. Mucho me pesa decíroslo; pero lo creo inútil.

MAG. ¡Cómo! ¡nada! ¡ah! ¿conque no hay esperanza?...

DOC. No digo eso; pero...

MAG. ¡Gran Dios! ¡acabad!

DOC. ¿Qué edad tiene?

MAG. Cumplirá siete años el dia de san Juan.

DOC. Edad peligrosa á veces para los niños.

MAG. ¡Oh! me haceis temblar.

DOC. Tranquilizaos, pobre mujer: la ciencia juzga, aprecia; pero Dios es el que condena ó salva.

CAT. Pero en fin, doctor, ¿qué podria hacerse con esa niña?

DOC. ¿Y qué quereis que yo os responda en vuestra situacion, buenas mujeres? Vuestra niña no está hecha quizás para la existencia que la suerte la impone... Seria preciso... pero á vosotras no os es dado cambiar su vida; ha nacido en la pobreza, en la miseria...

MAG. En ella ha nacido, y en ella morirá... ¡ah! entiendo.

DOC. No, vos exagerais el sentido de mis palabras.

CAT. Pero, con todo, doctor, suponed que por esa niña, que es lo que vos decis por desgracia, se interesasen personas acomodadas, pudientes...

DOC. ¿Y á qué fin suponer eso?

CAT. No importa, responded, nadie sabe...

DOC. Pues bien, aun eso quizás no seria bastante.

MAG. ¡Cielos!

DOC. No son protectores extraños los que á esa niña le hacen falta, es el cuidado y esmero de una madre que, aparte de su cariño, se encontrase con posibles... pero no estamos en ese caso.

CAT. ¡Quién sabe! porque en fin, si ella tuviese esa madre... si la señora...

DOC. ¿Qué decis?

MAG. ¡Nada! no la escucheis, caballero.

CAT. Si por cierto, que la tiene, la tiene, os digo! Habladnos, doctor, como si lo que yo os digo fuese verdad...

DOC. ¡Qué! vos afirmais...

CAT. Que esa niña pertenece á gente que está muy bien, á personas de la grandeza, de lo mas encopetado é ilus-

tre, que no la dejarán morir. Conque así, disponed sin temor el régimen que ha de observarse.

DOC. El régimen es muy sencillo... pero hay que darse prisa y no perder un minuto. Prevenid á los padres que aparten esa niña de la existencia fatal que está llevando, que la hagan respirar aire puro, que la proporcionen recreo y bienestar, reposo y holgura, que no la escaseen mimos y atenciones, que velen por ella noche y dia, para reanimar esa tierna flor que se marchita por falta de savia y de jugos... Sí, si, una vez que podeis, no hay que vacilar; los cuidados de cada hora, de cada instante; una madre que, si es preciso, no vacile en ir á Paris con ella á consultar á los hombres eminentes de la ciencia, en llevarla á tomar las aguas de los Pirineos, á que se reponga en el benigno clima de Italia... Entonces...

MAG. ¿Entonces?...

DOC. Tal vez esa niña vivirá.

MAG. ¡Dios mio! ¿y de otro modo?

DOC. La creo perdida. (*A Catalina.*) Pero vos me habeis dicho que la familia de la niña es rica.

ESCENA XI.

DICHOS, ROLLAC, CASTEL.

ROLLAC. Sí, señor, y esa niña será salvada.

MAG. ¡Él!

ROLLAC. Ya no teneis derecho de vacilar, señora, porque no es entre la miseria y la riqueza, sino entre la salvacion y la muerte de vuestra hija, entre lo que debeis optar.

CAT. Vamos á ver, mi buena Magdalena, sed razonable.

MAG. ¡Ah! es horrible colocar así á una mujer, entre sus deberes de esposa y sus deberes de madre! ¡entre la vida y la muerte de su hija! ¡entre la maldicion de su marido y la maldicion del cielo!

CAST. Reflexionadlo bien, señora, todo lo que ha prescrito el médico, la ciencia; cuidados, bienestar, todo eso puede tenerlo con nosotros la desgraciada niña. Apresurémonos á reanimar esa existencia que va á extinguirse.

MAG. Doctor, me jurais delante de Dios...

DOC. Juro, señora, que he dicho la verdad, y que vos sola...

(*Catalina señala al caballero el cuarto donde está la niña; Rollac entra en el cuarto y desaparece.*)

MAG. ¡Oh vos qué leeis en mi alma! ¡Señor! ¡señor! iluminadme, inspiradme.

CAST. Ya no es tiempo de vacilar, señora, ved.

MAG. ¡Cielos! ¡se llevan á mi hija!

CAST. Si, la salvaremos á pesar vuestro...

MAG. ¡Mi hija! ¡ah! ¡yo no la dejo! ¡no la dejo!

CAST. Entonces, venid, venid, señora.

MAG. Catalina, ¡ ah! vos le vereis; le direis... ¡Dios poderoso! ¿qué le habeis de decir?.. que no es por mucho tiempo... que me perdone... que le amo... le amo siempre... Pero yo no puedo dejar morir ni abandonar á mi hija. (*Salida general.*)

ESCENA XII.

BELFEGOR, ENRIQUE, *poco despues* CATALINA.

BELF. (*Con un chal de lana encarnado y azul debajo del brazo.*) ¡No hay nadie! mejor; ¡qué contenta se va á poner mi Magdalena!

ENR. (*Soplando en la corneta.*) ¡Pues y Juanita! que le gustan tanto los molinos... aqui la traigo uno, y una cocina y una muñeca, y un bollito de leche.

BELF. ¡Hola! ¡hola! señor Enrique, conque vos teniais fondos reservados.

ENR. Es que yo tambien he pedido por mi cuenta para Juanita despues que tú te has marchado...

BELF. ¡Somos un par de locos!

BELF. No me ha quedado... ni esto; ¡pero anda! es para la enfermita.

BELF. ¡Aguarda! trae aqui; formemos un bazar, coloquemos por órden nuestras compras para que hagan buena vista!.. ¿Eh? qué alegria, cuando ellas vean esto... Ahora, anda á buscarlas. (*Aparece Catalina*)

ENR. ¡Ah! Catalina; voy por mamá; ¡ya vereis!

CAT. (Se marchó.)

BELF. ¡Venid aqui! ¡venid aqui! que digan ahora que no tengo yo gusto, ¿eh? ¿verdad que es bonito? ¡azul y encarnado con verde! ¡todos los colores del arco iris! ¡Querida Magdalena mia! ¡qué guapa va á estar metidita aqui

dentro! parecerá que está envuelta en un pedazo de cielo. Es, voto á sanes, lo menos que se puede hacer por ella; porque mi Magdalena, es un ángel! ¡mi ángel bueno!

CAT. (¡Su alegria me hace daño!)

ENR. ¡Padre! (*Volviendo á salir.*)

BELF. ¿Qué hay?

ENR. ¡Padre mio! la niña...

BELF. ¿Qué?

ENR. Juanita no está en su cama, se la han llevado.

BELF. ¿Cómo?

ENR. Y luego el baul está abierto... todo en desórden... me ha dado miedo!

BELF. ¡Quita allá! ¡qué niñada! (*Váse.*)

ESCENA XIII.

CATALINA, ENRIQUE.

CAT. (*Entregándole un bolsillo.*) Toma, hijo mio, darás esto á tu padre: le dirás que es de parte de Magdalena, que ha llorado mucho, y que me ha dicho que te dé un beso por ella... ¡Ah yo no tengo valor para quedarme aqui. Adios. (*Váse.*)

ENR. (*Queriendo romper á llorar.*) ¡Dios mio! ¿pero qué es lo que pasa? ¡Ah! ¡papá! ¡papá! (*Corre á él y se detiene al ver la palidez de Belfegor.*)

ESCENA XIV.

BELFEGOR, ENRIQUE.

BELF. (*Con un pedazo de papel.*) ¿Estoy soñando? ¿ó me he vuelto loco? (*Lee.*) «¡Guillermo! ¡adios! ¡adios! perdóname.»

ENR. ¡Papá!

BELF. ¡Se ha marchado! Se ha marchado, Enrique! ya no tienes madre, ya no tienes hermana! Magdalena nos ha abandonado, ¡Magdalena nos deja solos, solos, hijo mio, solos!

ENR. ¡Padre mio! ¡oh! ¡no! ¡no! ¡padre mio! ¡qué! ¿no la volveré á ver mas?

BELF. ¡No llores, hijo de mi alma! Debiamos esperárnoslo. Se ha ido á buscar á su familia... nosotros no somos dè su familia, ya lo ves; pero al menos debia dejarme la mia! ¡debia dejarme á mi hija! ¡Ah! ¡Enrique, hijo querido! ¡abrázame, ya no tengo mas que á tí en el mundo! ¡Enrique! ¡ah! yo me ahogo. (*Casi demente.*) ¡Ah! óyeme, Enrique, ven, no sabes, yo... yo me muero.

ENR. ¡Padre! ¡padre! abre los ojos, háblame. ¡Oh! ¡mamá, es horroroso! tú has matado á mi padre; ¡oh! te detesto.

BELF. ¡Hijo mio! no maldigas. Enrique... es de noche, es la hora de rogar á Dios, hijo mio... arrodíllate y roguemos por tu madre.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Un kiosco ó pabellon turco, rodeado de árboles y ramaje.

ESCENA PRIMERA.

El DUQUE, *el* VIDAMO, CLERMONT, *amigos del Duque, todos en traje de caza.*

DUQUE. (*A un criado.*) Id á decir al vizconde, mi sobrino, que deseo hablarle, y que solo puedo detenerme algunos minutos.

CLERM. El señor vizconde ha elegido una quinta deliciosa.

VID. ¡Deliciosa! eso mismo iba yo á decir.

DUQUE. Si, á las puertas de Burdeos; pero un poco distante de mi posesion de Carignan. Celebro que la caza nos haya traido por este lado. Quiero verle y averiguar si sabe emplear el tiempo...

CLERM. El señor duque piensa...

DUQUE. Pienso... que él es hasta la presente el único heredero, si no de mis riquezas, de mi título al menos, y temo que no sepa darle esplendor... Señores, la nobleza de Francia debe en el dia hacer alarde de riqueza y gusto; es preciso que á fuerza de lujo, de prodigalidades, de locuras, si á mano viene, haga olvidar; oscurezca á esos pretorianos del imperio, que venian á derrochar en Paris los tesoros de la Europa conquistada; quiero sobre

todo que el que haya de llevar el título de Montbazon, ese título que yo trasmitiré puro y glorioso, sepa vivir cual corresponde, y que el orgullo de su clase sea contado entre sus virtudes.

CLERM. ¡Bravo, señor Duque, eso es hablar! porque á decir verdad, esos bigardos de levita y sombrero de copa, esos contratistas y gaceteros, esos abogadillos de tres al cuarto, esos demoledores enriquecidos con los escombros de nuestros castillos, se figuran, como hay Dios, que nosotros somos momias ó aparecidos, fantasmas ó muñecos casca-nueces, de esos que traen de Alemania para divertir á los niños. ¡Por Dios trino y uno! nosotros les haremos ver que vivimos y que sabemos vivir.

ESCENA II.

DICHOS, HÉRCULES.

HERC. ¡Querido tio!

DUQUE. ¡Por fin os dejais ver, señor sobrino; no ha costado poco trabajo!

HERC. Perdonad, tio... (*Balbuciente.*) estaba gravemente ocupado...

DUQUE. ¡Ocupado vos!

HERC. Ocupado con mi profesor...

DUQUE. ¿Profesor de qué?

CLERM. De filosofia sin duda...

DUQUE. ¿No sabeis por ventura la ciencia que os enseña vuestro profesor?

HERC. Si tal, si tal, señor Duque... es un profesor de... de baile.

CLERM. ¡De baile!

HERC. (Creo que se va á enfadar.)

DUQUE. Bien está: veo que pensais en algo al menos.

HERC. Si, tio: como que á los ocho dias de haber sido declarado mayor de edad me ocupo, ya lo veis, en dar una fiesta florentina en esta quinta, que es digna de un príncipe.

DUQUE. Vamos á esto, vizconde. Oidme con atencion. Vos sois hasta ahora el heredero inmediato de mi título, y ya comprendeis que este honor obliga...

CLERM. ¡Y tanto!

DUQUE. ¿A qué, tio? ¡á no arruinaros! Perded cuidado, yo tengo mucha economia...

DUQUE. ¿Eh?

HERC. Soy muy económico, aqui donde me veis.

DUQUE. ¡Cómo se entiende!... ¿quién os habla de economias?... ¿Somos aqui traficantes ó agiotistas?

HERC. Perdonad, tio...

DUQUE. Tened entendido, señor vizconde, que los Montbazon, á quienes el rey se ha dignado devolver todos sus bienes, cuentan mas de millon y medio de francos de renta, con lo cual se aviene mal esa palabra economia. Por lo tanto, si vos no encontrais manera de gastar espléndidamente trescientos mil francos por año, sois un tonto y os retiro mi afecto.

HERC. No, no, no: yo prometo daros ese gusto, tio mio.

DUQUE. Está dicho: mirad bien cómo os conducis. (*Viendo llegar á Castel-Blanc.*) ¡Ah! Castel-Blanc, llegad, esperaba vuestra venida. Señores, soy con vosotros al punto. Quedaos vos, vizconde. (*Los caballeros saludan y se retiran.*)

ESCENA III.

HÉRCULES, *el* DUQUE, CASTEL-BLANC.

HERC. (¿Qué será?)

DUQUE. Hablad, amigo mio, ¿qué hay? (*Al Conde.*)

CAST. Magdalena de Montbazon ha llegado; la he hecho conducir á vuestro castillo de Carignan.

DUQUE. ¡Pobre jóven! Ya lo ois, Hércules; se trata de Magdalena, de la hija del marqués, muerto en Alemania, de la señorita de Montbazon, mi nieta y prima vuestra.

HERC. ¡Ah! si, cuyo paradero se ignoraba, y la cual se ha casado con una especie de... ¡já, já! es cosa singular...

DUQUE. Muy singular, si quereis; pero vos vivis tan solo por mis beneficios, señor vizconde; no teneis bienes ni patrimonio alguno, y debeis desear que yo os siga franqueando mi bolsillo.

HERC. ¿Pues no lo he de desear, querido tio?

DUQUE. Entonces, si quereis que yo continúe como hasta aqui y os siga dando pruebas de bondad y tolerancia, creedme, amad, respetad á vuestra prima, y olvidad sus des-

gracias para no acordaros sino del apellido que lleva.

HERC. Si, tio.

DUQUE. ¿Y el baron de Rollac? (*Al Conde.*)

CAST. He recibido noticias suyas en Chantillac, donde el estado alarmante de la hija de Magdalena nos ha obligado á detenernos, como ya sabeis, por tanto tiempo. El baron no habia salido aun de Angulema, donde continuaba vigilando á Belfegor.

DUQUE. ¿Pero da esperanzas de podernos librar de ese hombre para siempre?

CAST. Hace todo lo necesario para conseguirlo: ha hecho aparecer sospechoso á ese desventurado, y ha dado aviso á los prefectos de las provincias limítrofes. Merced á este medio, nuestro hombre será expulsado de todas partes y no podrá detenerse ni trabajar en ninguna. El baron cuenta tambien con que la miseria le obligará al pobre diablo á admitir vuestras ofertas. Rollac, segun me dice en su última carta, debe llegar hoy mismo.

DUQUE. ¡Ah! tengo muchos deseos de verle; ya sabeis que su padre fué mi mejor amigo.

CAST. Lo sé; pero debo advertiros una cosa: me temo que la larga permanencia del baron en América le haya perjudicado: me ha parecido un hombre vulgar, de modales ordinarios.

DUQUE. ¿De veras?

CAST. Por fortuna viene á la culta Francia, donde volverá á recobrar el aire de nobleza y elegancia que entre los puritanos de Ultramar ha perdido.

DUQUE. Yo nunca podré olvidar que debo al baron de Rollac una gratitud eterna.

CAST. Por eso él, en premio de sus servicios, aspira como ya sabeis á la mano de Magdalena, y os la pedirá sin duda tan luego como hayamos logrado anular el casamiento.

DUQUE. Ya veremos; he escrito al rey y aguardo su soberana resolucion sobre todo esto. Hércules, tened la bondad de avisar á los señores de mi comitiva. (*Hércules se va por la izquierda.*) El conde de Artois, (*Al Conde.*) hermano del rey, está en Burdeos; le veré mañana mismo y tal vez le haga una entera confianza... Entre tanto, querido conde, corréd á Carignan y prevenid á mi pobre nieta que dentro de pocas horas tendré el gusto de abrazarla. ¿Está contenta de su cambio de fortuna?

CAST. No, señor: está triste, pero resignada.

DUQUE. Ella olvidará... Adios, adios, conde. (*Váse Castel por la derecha.*) Vamos, señores, (*A los señores que vuelven por la izquierda.*) á caballo. Vizconde, venid á verme á Carignan. Hasta la vista, y no olvideis (*Trayéndole aparte.*) que todo esto es un secreto de familia.

HERC. Si, querido tio. (¡Qué buen señor! Le prefiero á abuelita.)

DUQUE. Partamos, señores. (*Vánse por la derecha. Oyense dentro toques de caza.*)

ESCENA IV.

HÉRCULES *solo.*

HERC. ¡Qué tio! ¡es un modelo de tios! ¡Quiere que gaste con profusion! ¡No podia haber venido á mejor tiempo el consejo! He convidado á esta fiesta á todo lo mas bullicioso de Burdeos: ¡nos vamos á divertir como unos locos! Vendrá todo el mundo disfrazado, hombres y mujeres, y bailaremos debajo de los árboles. ¡Una verdadera fiesta florentina! Duperron, con toda su trinca de demonios, me ha prometido no faltar, y Beaumenil, ese tarambana, que es capaz él solo de hacer reir á un muerto; en fin, toda la gente alegre y elegante de la buena sociedad. (*Viendo entrar algunas máscaras.*) Ya creo que van llegando. Voy á ponerme mi traje para venir á embromarlos. (*Váse.*)

ESCENA V.

FLORA, DUPERRON, *de arlequin*, BEAUMENIL, *de pruchinela*, FANY, ELISA, JULIA. *Convidados, vestidos de máscara.*

FLORA. (*Del brazo de un máscara.*) La funcion promete ser espléndida... el jardin está iluminado con sumo gusto.

DUP. Con efecto... (*Malignamente.*) Ya sabeis, señora, que el vizconde ha dado siempre pruebas de tenerlo.

FLORA. ¡Ah! sois vos, Duperron.

DUP. En carne y hueso, señora, para serviros.

FLORA. Vestido de arlequin de córte.

DUP. Si, me han vaticinado que seré algun dia gran diplo-

mático. ¡Eh! llega tú aqui, Beaumenil.

BEAUM. Señoras... (*Saludando cómicamente.*)

TODOS. ¡Já, já! ¡delicioso!

DUP. No hay que reirse, amigos: el señor, á pesar de sus corbetas, es un hombre muy formal; como que ha sido nombrado ayer mismo fiscal de la audiencia de la Gironda, lo cual no quita que haya tenido un duelo esta mañana.

FLORA. ¿De veras?

BEAUM. Le he jugado una farsa á un amigo mio, que no le ha gustado... nos hemos batido... y él ha quedado en el sitio... A eso llaman en el dia dar una broma.

FLORA. Pues mirad, no embromeis aqui á nadie de esa manera, os lo ruego.

JULIA. ¡Oh! si no es él será otro, pierde cuidado, querida: está de moda el dar bromas pesadas.

FANY. Es hasta tal punto, que no sabe uno en el dia á quien creer. Os dicen que sois hermosa, encantadora, divina, que os adoran... pues no hay que creerlos una palabra; os estan embromando.

FLORA. Ea, no perdamos el tiempo, vamos á bailar... (*Nótase gran movimiento y bullicio entre las máscaras y se oyen risotadas.*)

DUP. ¿Qué es eso? alguna farsa sin duda.

BEAUM. (*Volviendo del foro derecha.*) Amigos, amigos, aguardad; ¡vais á ver un traje soberbio! ¡siento que no se me haya ocurrido á mí! ¡Oh! ¡qué facha! no le hay mas propio.

FLORA. ¿Pero qué significa?

DUP. ¿Qué es ello?

BEAUM. (*Riendo.*) ¡Já! ¡já! ¡já! figuraos un máscara que les puede dar quince y falta á todos los demas... Viene vestido de payaso... de verdadero payaso, con su chicuelo y todo... dicen que se ha presentado á la puerta pidiendo limosna.

TODOS. Vamos á ver; vamos á ver.

BEAUM. Miradle, aqui viene.

HERC. ¡Entra, máscara, entra! (*Vestido de turco hablando á los de dentro.*) ¡Vaya un traje! Sin vanidad, estoy mas guapo que tú. (*Belfegor y Enrique aparecen.*)

FLORA. No le conozco.

ELISA. Ni yo.

DUP. Ni yo. ¡Oh! ¡me ocurre una idea!.. ¿si será algun bro-

mista de los de ahora?.. Estaremos sobre aviso.

ESCENA VI.

DICHOS, BELFÉGOR, ENRIQUE *trae una especie de hopa sobre el traje de volatinero.* HÉRCULES.

BELF. Perdonad, señores, creo que llegamos en mala ocasion... esto parece una fiesta...

BEAUM. (*Riendo.*) ¡Oh! ¡está perfecto! ¡perfecto! ¿Apostais á que este nos quiere jugar alguna farsa? ¡Apuesto á que es una farsa!

HERC. Una farsa de muy mal gusto... ¡Cuidado, si los trajes son feos y viejos! ¡Puf! ¡Vaya una pareja horrible!

FLORA. No tal... Mirad el niño qué guapito es.

DUP. Es el compadre.

BEAUM. Acércate aqui, compadrito.

BELF. ¡Os reis! vamos, lo celebro... Yo pasaba por aqui... y me he tomado el atrevimiento... Pero supuesto que os reis, es buena señal... ¿No nos echareis como nos han echado de otras partes, no es verdad?

BEAUM. Es que no se puede embromar mejor; me encanta este hombre. ¡Oh! debe de ser muy corrido; algun calavera de Paris, por fuerza.

HERC. ¿De dónde diablos has sacado ese traje, payaso? ¡no es muy airoso que digamos!

BELF. Es cierto; hace tantos dias que no me le quito... El trajin, el polvo de los caminos... pero llevo á Jacobillo lo mas limpio que puedo. Vamos, Jacobillo, saluda á estas señoras.

FLORA. Ven que te dé un beso, hijo mio.

HERC. El chico está como asustado. (*Riendo.*)

DUP. (*A Flora.*) Lo que nosotros debemos hacer, es seguirle la broma; vamos á desternillarnos de risa. (*A Belfegor.*) Conque di, ¿de dónde vienes, payaso?

BELF. ¿De donde vengo?

BEAUM. ¡Si, eso es! cuéntanos tus viajes.

BELF. ¡Oh! ¡vengo de muy lejos! Hemos salido de Angulema los tres, el niño, mi pobre Babieca y yo. Hemos caminado lo mas aprisa que hemos podido; me habian dicho:—«¡en Burdeos! alli está ella...» y me he venido en derechura á Burdeos. Babieca, asi se llamaba mi caba-

llo, apretaba el paso cuanto podia el pobre animal; pero al segundo dia de marcha me apercibí que llevaba mas carga de la que podia; eché pié á tierra y me puse á decirle asi, cosas, que solo él y yo entendiamos, y seguí el camino llevándole de las riendas y conversando con él... Pero á la tardecita, cuando íbamos á recogernos, el alcalde nos buscó una tranquilla; nos dijo que si eramos esto, que si éramos lo otro, que no podiamos quedarnos en el pueblo y nos echó. Seguimos caminando toda aquella noche; Jacobillo se quedó dormido sobre el caballo, y el caballo y yo ibamos cabizbajos y llorando, cuando al rayar el dia, mi pobre Babieca, que no podia ya andar mas que al paso, se paró de repente. Quedóseme mirando como el que dice: ¡Ya ves, que no puedo mas!.. Pero el niño tenia frio y yo le obligué á seguir. Entonces dió un gemido, hizo un estremecimiento y dejó caer su pobre cabeza sobre mi hombro; yo le miré y adiviné que se moria y se me murió en efecto mi caballo querido! (*Todos sueltan á reir.*) Murió, si... De sus resultas el niño y yo hemos continuado nuestro viaje á pié, y está muy cansado el pobrecillo.

ENR. (*Bajo.*) ¡Oh! ¡padre! ¡padre! Tengo hambre...

FLORA. Pero señores, y si esto fuera verdad, si ese hombre....

BEAUM. ¿Estais en vos?... creer en una farsa semejante... ibai á ser la fábula de Burdeos!... Dejadme á mí... Oye payaso, ¿quiéres que te diga mi opinion? Pues tienes muy poco chiste.

HERC. Verdad es, yo no le encuentro gracia.

ELISA. A mí casi se me han saltado las lágrimas.

DUP. Como que nos está ahí contando cosas fúnebres.

BELF. Perdonad, señores, me habia olvidado... yo no deseo mas que divertiros; porque ya no me dejan trabajar en las plazas públicas; y me veo en la precision de entrar asi en las casas grandes que encuentro al paso en el camino.

BEAUM. Pues bien, vamos á ver, haznos reir ahora, payaso.

FAMY. ¡Oh! si, mejor es eso.

BELF. (¡Reir! ¡reir! y ese miserable de Bello-Amor se me ha escapado robándome mis útiles, mis cubiletes... ¡todo! Vamos, Enrique, es preciso que tú le sustituyas, hijo mio.)

ENR. Padre.

Belf. (¡Ánimo! es una ocasion que se nos presenta de ganar un pedazo de pan, y algun dinero para llegar á Burdeos... ¡dos leguas no mas! ¡Vamos, ánimo! ¡ánimo, hijo del alma!)

Herc. ¿Conque se empieza? ¡Y haznos reir sobre todo!

Belf. (¡Reir! llevando la muerte en el alma.) (*Con voz de titiritero.*) ¡Ea! ¡señores! ¡ea! ¡jé! ¡jé! ¡jé! señor Jacobillo, se trata de dar comienzo á la magnífica funcion, para divertir á esta noble reunion. ¡Atencion!

Enr. Si, maestro.

Belf. (*Id.*) ¡Vamos corriendo, vamos! ¡chiquillos y grandes, viejos y niños, bonitos y feos! acudid todos, venid, venid corriendo aunque os rompais la crisma; apiñaos ahí y cuidado con los bolsillos... ¡Atencion! aqui el que mas mira menos vé... ¿Quién de estos señores tiene la bondad de darme un sombrero?

Todos. ¡Yo! ¡yo! !yo!

Belf. Con uno basta, señores... pero que no pertenezca á algun calvo, no sea que se resfrie... Ahora necesito que una de estas amables señoras me dé una rosa... Vamos, señoras, una rosita.

Fany. ¡Vaya! ¡ahí va la mia! (*Risas.*)

Belf. Gracias; ya lo estais viendo, señores... una rosa sin espinas... es el emblema de esta señorita.

Herc. ¡Ah! entiendo; ¡sin espinas! ¡Qué pillo! vamos, esto ya es mas divertido.

Belf. ¡Ahora, atencion! vais á presenciar el juego favorito del inimitable Belfegor; vais á ver el milagro de las rosas...

Enr. (*Imitando la música.*) ¡Chim! ¡chim! ¡bum! ¡bum! (¡Padre! ¡padre! no puedo mas.)

Belf. (¡Ánimo! ¡hijo mio! ánimo.) Pero mientras yo preparo la suerte, el señor Jacobillo nos va á contar su historia...

Dup. Si, si, cuéntanos Jacobillo, ¿quiénes fueron tus padres?...

Belf. ¿Qué os importa eso á vos? (*Bruscamente.*)

Enr. (*Con dolor.*) ¡Mis padres! ¡Oh! ¡madre mia! madre mia!

Belf. (Enrique, no pienses en ella... Enrique... yo... yo... tu madre...) (*Le falta la voz.*)

Flora. ¡Qué veo! ¡Son lágrimas verdaderas! estan llorando los dos.

BELF. ¡Lágrimas! ¡no tal! ¡no tal! (*Enrique vacila, y cae en brazos de su padre, desfallecido.*) ¡Ah!

FLORA. ¡Dios mio! ¿Pero qué tiene ese niño?

BELF. (*Bajo. Terrible de dolor.*) Este niño... ¡Tiene hambre, señora!

FLORA. ¡Cielos! ¡conque era verdad!... ¡Infelices! Señores.... ¡No, no!... Aguardad, si os toman por un pobre, no os darán mas que una limosna cualquiera; creen que sois un loco, un aturdido como nosotros. Vais á ver. (*Alto.*) Vamos, señores, para que el payaso trabaje con ahinco, es preciso que os mostreis generosos; yo me encargo de recoger las dádivas.

BEAUM. ¡Bravo! no falta ningun detalle... hasta el platillo.

DUP. Lo veis como es una broma... nos va á sacar el dinero, y luego...

HERC. (*A Belfegor.*) Querido bar... cond... marqués, en fin, querido mio, sois muy pillo.

DUP. Flora, ahí va mi bolsillo.

BEAUM. Aceptad estos pocos luises...

BELF. ¡Oro! ¡Oh! ¡Dios mio!

FLORA. (En definitiva yo soy la que los embromo... Sigamos la moda.) (*A Hércules.*) Vamos, ¿y vos?

HERC. (*Dándole una pieza.*) No doy mas; ese hombre es muy pillo.

FLORA. No, no, dadlo todo.

HERC. Si vos os empeñais, ahi va; pero á mí no me la pega. (*A los otros.*) La verdad es que lo hace muy bien; pero si yo me pusiese... habiais de ver...

CRIADO. Señor Vizconde, ahí está un desconocido que desea hablaros con urgencia.

HERC. ¡Pues bien! ¡qué pase! hoy se recibe á todo el mundo.

CRIADO. Aqui viene.

BELF. (*Que habrá subido un poco hácia el foro.*) ¡Qué veo! ¡Rollac! ¡él! ¡el baron!

FLORA. ¿Qué es eso? ¿qué teneis?

BELF. ¡Oh! ¡señora! ¡ese hombre! por verle, por hablarle sin ser conocido de él... daria mi vida.

FLORA. Es posible...

BELF. ¡Oh! señora... si fueseis tan buena que me proporcionaseis...

FLORA. ¿Una careta? ¿un dominó? nada mas fácil. En cuanto al pobre niño, yo me encargo de él, no le hará falta nada.

Belf. ¡Oh! ¡gracias, señora, gracias! (*Toma la careta que le ofrece Flora y desaparece algunos instantes. Flora se lleva á Enrique.*)

ESCENA VII.

Hercules, Rollac, Beaumenil, Duperron, *Convidados.*

Herc. (*Bajando acompañado de Rollac*) Mi tio ha venido aqui en efecto esta tarde; pero solo se ha detenido algunos instantes; y no me es posible deciros si se ha vuelto á su palacio de Burdeos ó á su posesion de Carignan.

Beaum. ¿Es por el señor duque de Montbazon por quien preguntais, caballero?

Rollac. Si, señor; siento haber venido á turbar vuestras diversiones, y os ruego que me dispenseis si me he presentado asi en traje de camino.

Beaum. Aguardad; creo que el duque ha de haber ido á Carignan... He encontrado á sus monteros que se dirigian hácia alli, cuando yo venia de ver al prefecto, cuya casa de campo...

Rollac. Muchas gracias, señores.

Dup. ¿De ver al prefecto? (*A Beaumenil.*)

Beaum. Si, para ese asunto relativo á Lavarennes.

Rollac. (Lavarennes.) (*Volviendo.*) Perdonad, señores, estais hablando, creo, de un tal Lavarennes.

Beaum. Si; acaban, por casualidad, de recibirse noticias del paradero de ese miserable.

Rollac. ¡De veras! ¡ah! lo celebro infinito. Y decis que...

Beaum. No me han dado aun pormenores; sé únicamente que está en Francia, y que se da á conocer, segun creo, bajo el título de baron de Rollac... (*Volviendo á Duperron.*)

Rollac. ¡Ah! (Soy perdido.)

Beaum. ¿Pero qué veo? El payaso se ha eclipsado... Vamos á darle alcance. (*Todos suben hácia el foro, excepto Rollac.*)

Rollac. ¡Descubierto! cuando me creia ya seguro, cuando acabababa de hallar á la heredera de los duques de Montbazon, y me lisonjeaba con la esperanza de entrar en su familia, y ampararme con su ilustre nombre!.. Vamos, no pensemos ya mas que en librarnos de las garras de la justicia. (*Va á marcharse; Belfegor enmascarado le cierra el paso.*)

ESCENA VIII.

DICHOS, FLORA, ROLLAC, BELFEGOR.

BELF. ¡Una palabra! (*Agarrándole del brazo.*)
ROLLAC. ¿Eh? (*Estremeciéndose.*)
FLORA. Perdonad, caballero, es un máscara que dice que os conoce.
ROLLAC. ¿De veras? Bien. ¿Y qué tienes que decirme, máscara?
BELF. Quiero hablarte sin testigos.
ROLLAC. (¡Sin testigos! Prefiero eso.) (*Alto.*) ¡Diablo! ¡diablo! tienes el puño sólido. ¡Eh! que me haceis daño, señor mio.
BELF. Mas daño me habeis hecho vos á mí.
ROLLAC. Que me destrozais la muñeca.
BELF. Vos me habeis destrozado el alma.
ROLLAC. ¡Yo!
BELF. Señora, este caballero y yo tenemos que hablar sin testigos.
HER. ¡Bueno! le va á dar una broma. (*A Flora.*)
FLORA. Callad vos, Hércules.
HER. Si, querida.
FLORA. Vamos, señores, alli debajo de los árboles estan bailando y falta gente; caballeros, sobre todo.
HER. (*A Beaumenil.*) No nos alejemos mucho, que quiero ver la broma.
FLORA. (¿Qué significará esto?)

ESCENA IX.

ROLLAC, BELFEGOR.

ROLLAC. Vamos, ¿me direis al fin quién sois?
BELF. ¡El payaso! (*Descubriéndose.*)
ROLLAC. ¡Cielos!
BELF. ¿Dónde está ella?
ROLLAC. ¿Quién?
BELF. ¡Oh, nada de mentiras! Catalina me ha dicho todo lo que sabia; vos sois el que os habeis presentado cuando yo no estaba, tomándome las vueltas como un cobarde; vos la habeis hecho traer á Burdeos, á Burdeos,

¿no es verdad? Ea, hablad, hablad, ¡vive Dios!

ROLLAC. Escucha, Belfegor, los momentos son preciosos... expliquémonos pronto y de una vez para siempre... Tú quieres meter ruido, dar escándalo, y todo ese ruido será en tu daño, te lo prevengo.

BELF. Yo no os pregunto eso, os pregunto dónde está.

ROLLAC. En tu viaje has podido convencerte de mi poder... te han echado de todas partes; dentro de poco serás perseguido, acosado.

BELF. ¿Pero dónde está ella?

ROLLAC. Reflexiónalo bien, Belfegor: una palabra, un indicio basta para hacerse sospechoso en el dia. Una delacion, por poco autorizada que sea, es suficiente para que metan á cualquiera en un calabozo y le hagan comparecer ante el consejo prebostal, que juzga y fusila á un hombre entre dos puestas de sol. Y si yo quiero puedo perderte.

BELF. ¿Me dices dónde está?

ROLLAC. ¿Dónde está? ¡Tu mujer!... (¡Qué idea!) Pero si todo lo que he dicho no era mas que una fábula, invencion, pura novela: te he engañado y á ella tambien. Me gustaba, quise ver si me hacia caso, alucinarla, decidirla á una calaverada y robártela en fin.

BELF. ¡Ah, miserable, mientes! (*Se arroja á él y le pone á sus pies.*)

ROLLAC. ¡Socorro! ¡favor! ¡amparadme!

ESCENA X.

DICHOS, TODO EL MUNDO.

HERC. ¡Calla, le está ahogando! ¡Vaya una broma!

BELF. (*Apoderándose de su baston y blandiéndole sin soltar á Rollac.*) ¡Al primero que se acerque le dejo muerto á mis pies! (*Todo el mundo retrocede asustado.*) ¡Has mentido como un bellaco! ¡Confiesa que has mentido!

ROLLAC. ¡Si, si!

BELF. ¿Dónde está ella?

ROLLAC. En casa del duque de Montbazon.

BELF. ¡La prueba!... ¡la prueba!

ROLLAC. Aquí la tengo... (*Sacando del bolsillo una cartera.*) mis cartas, mi correspondencia.

BELF. Trae. (*Arrancándole la cartera. Le suelta y se separa.*)

ROLLAC. (¡Ah! tomas mi cartera... mis cartas. ¡Ellas te perderán!)

BELF. (*A Flora.*) Señora, vos tendreis compasion del niño que os dejo: eramos dos, me quedo solo.

ROLLAC. (Me he salvado.)

BELF. Y ahora, señores, ¡plaza! ¡Dieron fin mis ejercicios! ¡echad el telon y abrid paso al payaso!... (*Lánzase por entre la gente y desaparece.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

En casa del duque de Montbazon. Sala ricamente adornada.

ESCENA PRIMERA.

El gran bailio de CLERMONT, *á poco* CASTEL-BLANC.

CLERM. (*A un criado.*) ¡Está bien! aguardaré á que vuelva el señor duque, y tendré el honor de ofrecerle mis respetos. (*Váse el criado.*) Goza de valimiento, y quiero aprovechar la ocasion para que recomiende mi instancia, porque hace tres meses que ando en pretensiones. (*Viendo á Castel.*)¡Ah! ¡el conde de Castel-Blanc; valiente intrigante! (*Yendo á él.*) ¡Hola! querido conde.

CAST. ¡Señor gran bailio!

CLERM. Aqui me teneis que vengo á hacer la córte á vuestro ilustre primo. No porque yo sea ambicioso, ¡Dios me libre! yo nada soy, nada quiero y nada pido.

CAST. (¡Hipócrita!)

CLERM. ¿Y vos?

CAST. ¡Yo tampoco! aguardo únicamente.

ESCENA II.

DICHOS, *el* DUQUE, *el* VIDAMO, *el* COMENDADOR. *El duque y los otros habrán salido por el foro á las últimas palabras. El Duque trae unos pliegos en la mano.*

DUQUE. ¡Qué desinterés! Asi me gusta, señores. Aqui traigo sin embargo dos pliegos que me parecen de oficio y que os conciernen.

CAST. (*Precipitándose á cogerlos.*) ¡Mi nombramiento!

CLERM. (*Id.*) ¡Mi nombramiento! permitid.

CAST. (*Leen ambos.*) ¡Eh! ¡qué posma!

DUQUE. (*Al Vidamo y al Comendador.*) Señores, el rey se ha dignado darme el pláceme por la dicha que he tenido de hallar á mi nieta. (*Siéntase á su bufete en la izquierda.*)

COM. ¡Ah! os felicito por ello.

VID. Y yo igualmente, señor duque.

CAST. (*Confuso.*) ¿Qué es lo que he leido? ¡Sustituto del procurador del rey!

CLERM. (*Con alborozo.*) Comisario extraordinario del departamento de la Gironda! (*Paseándose con importancia.*) Soy comisario extraordinario. Dadme la enhorabuena, señores.

CAST. ¡Comisario general, él! ¡mientras que yo! ¡Es imposible! ¡el rey se ha equivocado!

CLERM. El rey no se equivoca nunca, y su su majestad os hubiese hecho ministro y á mí simple sustituto, me oiriais decir del mismo modo: el rey es infalible.

CAST. (*Que ha mirado el sobrescrito del pliego que tiene en la mano.*) Pero aguardad, aguardad un momento, este pliego no es para mí.

CLERM. ¡Eh! poco me importa.

CAST. ¿Es en efecto ese para vos?

CLERM. ¡Que si es para mí! (*Leyendo.*) Al conde de Castel... conde de Cas...

CAST. De Castel-Blanc, está claro. Vos teneis mi pliego y este es el vuestro.

CLERM. ¡Pero cómo puede ser!..

CAST. Os echasteis sobre él con tanta precipitacion...

CLERM. Es decir que no voy á ser mas que un simple sustituto.

CAST. (*Con rechifla.*) Pero no un sustituto simple.
DUQUE. ¡El pobre Clermont!
VID. ¡Qué batacazo!
CLERM. ¡Es falso! ¡es absurdo! ¡es imposible! el rey ha sido sorprendido.
CAST. Señor de Clermont, el rey no se equivoca nunca, y si vos fueseis nombrado ministro y yo simple sustituto, nuestro deber seria decir siempre: el rey es infalible.
CLERM. Si, venios ahora con... (Insolente!)
CAST. (*Reparando en un papel que viene dentro del mismo pliego.*) Aqui me envian sin duda instrucciones. (¡Cielos! Lavarennes bajo el nombre de Rollac.)
DUQUE. ¿Qué es eso?
CAST. Nada; tengo que entrar inmediatamente en ejercicio; mi deber me impone ir en el acto á la prefectura. Con vuestro permiso, primo, me retiro.
DUQUE. Id con Dios, querido conde.
CAST. (*A Clermont.*) Señor sustituto, me veo en la sensible precision de echar mano de vos, seguidme.
CLERM. ¡Eh! ¿cómo decis?
CAST. (*Insistiendo con suma política.*) Que tengais la bondad de seguirme.
CLERM. Bien está, señor mio, bien está. Señor duque... (*Saludando al duque.*) (¡Y para esto se hacen las restauraciones!) ¡Pasad delante, señor comisario extraordinario de la Gironda! (*Vánse por el foro.*)

ESCENA III.

El DUQUE, *el* VIDAMO, *el* COMENDADOR.

DUQUE. Si, señores, el ministro me ha escrito que su majestad se halla muy bien dispuesto á favor de mi nieta, á la cual se devolverán los bienes de su padre.
COM. El señor duque habrá creido deber ocultar á su majestad, en el interés de nuestra familia, la deplorable situacion en que ha sido hallada la hija del marqués de Montbazon.
VID. ¡Oh! bien deplorable en efecto.
COM. Y nadie sabrá por lo tanto...
DUQUE. Nadie excepto vos, el conde Castel y el baron Rollac, á quien por mi parte no conozco mas que por sus car-

tas. Ha puesto una especie de empeño en no presentarse hasta que nos haya librado de ese hombre obligándole á embarcarse para América.

COM. ¡Oh! ha demostrado en este asunto un celo... una delicadeza...

CRIADO. (*Anunciando.*) El señor baron de Rollac.

DUQUE. ¡Ah! él es; decid que pase. Es señal de que el otro se ha embarcado.

ESCENA IV.

DICHOS, BELFEGOR *en traje de córte, peluca empolvada, calzon blanco, espadin atravesado, traje un tanto ridículo.*

BELF. ¡Voto al chápiro! el cielo os guarde, señores.

DUQUE. Por fin, sois vos, señor baron.

BELF. ¡Si, vive Cristo! yo soy. Señor mio, aunque nunca nos hayamos visto apuesto... á que vos sois el Duque de Montbazon.

DUQUE. En efecto.

BELF. Nosotros no nos hemos visto nunca. (Lo sé por las cartas del baron.)

VID. ¡Buen porte!

COM. A la legua se vé que es persona de clase.

BELF. (¡Me examinan! Con tal que yo vea á Magdalena antes de ser conocido...) (*Sube hácia el foro con desasosiego.*)

DUQUE. ¡Señor de Rollac!... ¡señor baron!

BELF. ¿Eh? ¡Ah! perdonad... andaba mirando si veia á cierta persona; ya sabeis... á ella... á la jóven.

DUQUE. ¡Si, á mi nieta!

BELF. ¡Justo!

DUQUE. Mas tarde. Permitidme que os presente ahora á dos de los principales individuos de la familia. Este caballero es el señor comendador de Pufieres.

BELF. ¡Ay, qué bueno! ¡Hola, hola, hola!... ¿conque el señor comendador de Pufieres?... ¡Cuerpo de tal!

COM. ¡Cómo!

DUQUE. Sois hombre alegre, baron.

BELF. Si, si, soy muy alegre; siento un regocijo loco aqui..... ¡Oh! nos vamos á divertir mucho, ya vereis...

DUQUE. El señor Vidamo de Arpiñol, pariente por la rama de Turena.

BELF. Señor de la rama de Turena. (*Saludando.*)

VID. ¡Venga esa mano, baron!

BELF. ¡Cómo qué! (¡Ojalá les caiga en gracia!)

COM. Puede decirse que ya sois de los nuestros.

BELF. Completamente. (Vamos, parece que agarra) Pues, señor, ahora que me habeis presentado al señor de Tufieres y al señor Carpiñol...

VID. De Arpiñol.

BELF. Eso he querido decir. (*Al Duque.*) ¿No vamos un rato á ver á mi... á la... á vuestra amable nieta?

DUQUE. ¡Qué prisa!

BELF. ¡Oh! yo soy asi... Vamos á verla, ¿eh? un momento, ahora mismo.

DUQUE. ¿Ahora mismo? Ya sabeis que eso es imposible...

BELF. ¡Imposible!... no es posible.

DUQUE. Si, porque está allá.

BELF. ¡Allá!... ¿y dónde es allá?

DUQUE. ¿No habeis sido vós mismo el que ha aconsejado á Castel que la llevase?...

BELF. ¡Ah! he sido yo el que...

DUQUE. ¡Y habeis tenido en ello una idea excelente!

BELF. ¡Si, no ha sido mala la idea!... ¿Pero yo la veré á pesar de eso?

DUQUE. Si por cierto, si por cierto.

VID. Creo, baron, sin que os ofenda, que mas habeis venido por ella que por nosotros.

BELF. Algo que si, Grapiñol... Teneis mucho talento vos... ¡eh, eh, eh!

VID. De Arpiñol.

BELF. Si, eso mismo.

DUQUE. Decididamente vos estais enamorado de mi nieta... y cuanto mas os miro...

BELF. (Ea, vuelta á examinarme... ¡Dios me asista!)

DUQUE. Me habeis de dispensar... pero con los proyectos que vos teneis...

BELF. (¡Mis proyectos!... ¿qué diablos de proyectos tendria el tal Rollac?)

DUQUE. (*Algo irónico.*) Vamos, veo con placer que vuestros viajes por el Nuevo Mundo no os han acabado mucho.

BELF. Qué me han de haber acabado... si soy un roble.

VID. ¡El cuerpo derecho!

BELF. ¡La cabeza erguida!

VID. ¡La pierna sólida!

BELF. (*Dándose en la pierna.*) ¡Oh! en cuanto á la pierna... esto es acero, y ademas una muñeca de hierro. (*Olvidándose.*) Sostengo doce arrobas con el brazo extendido, y levanto con los dientes al mas pesado de la reunion. (*Reparando en lo que ha dicho.*) ¡Oh! Son... pasatiempos de viajero. (*Haciendo por reirse.*)

DUQUE. Pero decidnos, ¿y él? No nos habeis dicho nada de él.

BELF. ¡Él! ¿y quién es él?

DUQUE. Ese hombre... ese titiritero... ¿Nos veremos libres por fin de su persona?

BELF. ¡Ché! ¡ché!

DUQUE. ¿Cómo? temeis...

BELF. Yo no temo nada, absolutamente temo nada de él. Mientras yo esté aqui, os prometo que no se presentará á vuestra puerta.

DUQUE. ¡Muy bien!

BELF. Pero ese Belfegor...

VID. ¡Belfegor! se llama... (*Riendo.*)

BELF. (*Id.*) Se llama Belfegor: es un nombre muy raro, ¿no es verdad? ¡Jé, jé!

VID. ¡Vaya si es raro! rarísimo.

BELF. Decia, pues, que en cuanto á ese Belfegor, no se puede decir que estamos enteramente libres de él: ya sabeis que esas gentes, esos payasos, son tan listos, tan ágiles, que siempre caen de pie como los gatos.

DUQUE. ¡Oh! pero nosotros sabremos tomarle las vueltas. (*Sube hácia el foro.*)

BELF. ¡Vaya si sabremos! Como que somos mas ladinos que él... ¿Pues no tenia el muy pícaro el pensamiento de meterse aqui con traje y nombre postizos para saber de su mujer? Sí, señores, si, pensaba jugárosla de puño. Se figuraba que no hay mas que endosarse una casaca bordada, contonearse de cierto modo, darse los aires y el tono del señor... (*Dirigiéndose al Comendador, que está á la izquierda.*) tomar, como vos, (*Yendo al Vidamo, que está á la derecha.*) un polvo con desenfado y soltura, (*Toma un polvo en la caja del Vidamo.*) sorberlo con elegancia, sacudirse despues con mimo la chorrera de encaje, girar graciosamente sobre los talones y echarse asi el sombrero debajo del brazo... Se figuraba que él podria hacer todo eso, y que vosotros no le conoceriais,

el vil histrion. (*Dándole una palmada al Vidamo.*) ¿No es verdad que es cosa de morirse de risa?

VID. De morirse de risa, decis bien.

DUQUE. (*Sentado á su bufete y con una sonrisa desdeñosa.*) Veo que vuestra permanencia en América os ha hecho algo excéntrico.

BELF. ¡A mí!.. si, eso, si... (*Buscando.*) Excen... sí... excéntrico.

COM. Pero ahora que me acuerdo, vos, baron, estuvisteis en Biberach...

BELF. ¡En Biberach! ¡yo!... Biberach! ¡quitad allá!

DUQUE. ¡Cómo! ¿pues no fuisteis presentado á su majestad la tarde misma de la batalla?

BELF. ¡Ah! si... si...

COM. Contadnos cómo pasó.

BELF. (Quieren que yo les cuente la batalla.) (*Al Duque.*) ¿Teneis vos mucho empeño en que os refiera todos los pormenores?

DUQUE. No... despertarian en mí muy tristes recuerdos. (*Se pone á escribir.*)

BELF. ¡Ah! puesto que son los señores no mas... (*Yendo al Comendador y al Vidamo, á cada uno de los cuales coge del brazo.*) ¿Estuvisteis, por ventura, alguno de los dos en esa famosa batalla de?...

VID. Biberach.

BELF. Si, eso iba á decir.

COM. No, no estuvimos ni el uno...

VID. Ni el otro.

BELF. (Entonces, vamos adelante.) Pues señor, aquella si que fué una gran batalla, en que las balas caian como granizo y los soldados como chinches. Nosotros eramos unos sesenta mil hombres... Nos pusieron en batalla... en dos filas, formando un arco... quiero decir, formando dos arcos... é hicieron avanzar sesenta mil bocas de fuego.

COM. ¿Cómo habeis dicho?

BELF. ¿Que cómo he dicho?

VID. Ha dicho sesenta mil bocas de fuego.

BELF. ¿Y qué?

COM. ¡Para sesenta mil hombres!

BELF. Bien, tantas bocas como hombres: nada mas natural.

VID. ¡Toma! pues es verdad.

BELF. Se traba el combate... nosotros avanzamos sobre el enemigo, el enemigo avanza sobre nosotros; nosotros nos replegamos, él se repliega; la caballeria se lanza sobre la infanteria, la infanteria se lanza sobre la artilleria; las sesenta mil bocas rompen el fuego, nos vemos todos rodeados de humo, nos quedamos á ciegas... y aqui teneis cómo alcanzamos la victoria.

COM. ¡La victoria! Pero yo creia que habia sido una derrota.

BELF. ¿Si? Pues bien, ahí teneis cómo alcanzamos la derrota... Pero vamos á ver á esa jóven.

DUQUE. Al instante. (*Levantándose. Llama.*)

BELF. ¡Por fin!

DUQUE. (*A un criado que sale.*) Acompañad al señor de Rollac á su habitacion y decid en seguida que enganchen. Hasta dentro de un instante, señor baron.

BELF. Señor Duque... (*Saludando.*) (Vamos, he conseguido que no me planten en la calle: eso he ganado; Dios hará lo demas. (*Váse por el foro derecha.*)

ESCENA V.

El DUQUE, *el* VIDAMO, *el* COMENDADOR, *la* VERMANDOIS. *A poco* MAGDALENA.

DUQUE. No se engañaba el conde Castel al decirnos que el baron era algo chavacano. Este buen señor de Rollac ha traido de América unos modales increibles, ¡y sobre todo un tono!

COM. (*Con desden.*) No se concibe que se vicien asi en los viajes, y que traigan ideas...

VID. Es verdad; yo he viajado mucho y nunca he traido ideas.

CRIADO. (*Anunciando.*) La señorita de Vermandois.

DUQUE. ¡Mi hermana! ¿Cómo es que?... Y Magdalena, ¿por qué os habeis separado de ella? Espero que no correrá ningun riesgo.

VERM. Tranquilizaos, querido hermano, está aqui.

DUQUE. ¿Aqui?

VERM. Desde ayer que la visteis en Carignan su agitacion ha ido en aumento... En fin, ha querido venir á todo trance para hablar con vos... Ruegos, súplicas, mandatos

todo ha sido en vano... Quiero ver al duque, me replicaba... y eso con un tono, con un aire, con unos modales... (*Con desden.*) ¡Ay! señores, Dios os libre de estos parentescos de mal agüero, que á veces se encuentra uno, sin querer, en un aduar de gi anos.

DUQUE. Hermana, ¿olvidais que esa desgraciada es la hija de mi hijo?

VERM. Miradla, aqui viene: acercaos, acercaos, sobrina, y llevad la cabeza erguida, ya que Dios ha querido que tengais sangre de los Montbazon.

MAG. (*Al Duque.*) Perdonadme, me siento tan turbada, tan trémula...

DUQUE. Serenaos, hija mia, aqui solo hay un padre muy feliz en poder estrecharos en sus brazos, una familia agradecida á Dios, que os ha devuelto á su cariño... No tembleis, hija mia... nosotros lo hemos olvidado todo, y os amamos.

MAG. Vos me amais... (*Conmovida.*) ¡oh! gracias, señor duque, gracias... (*Queriendo besarle la mano*)

DUQUE. Miradla, señores, son las mismas facciones de su desgraciado padre, las facciones de mi querido hijo, muerto lejos de mí: despues de veinte años de destierro he recobrado todos mis feudos, todos mis títulos, todas mis riquezas...; pero no me habeis devuelto, Señor, mi bien mas preciado... ese, mi corazon le llorará eternamente.

VERM. ¡Jesus, hermano! os echais á llorar ni mas ni menos que un plebeyo.

DUQUE. Callad, hermana: los plebeyos no tienen el corazon fabricado de otro modo que el nuestro..

VERM. ¡Oh! señor duque, en cuanto á eso...

DUQUE. Y ademas, estamos aqui, entre gente bien nacida.

MAG. Vos comprendeis, señor duque, por lo que veo, que yo pueda echar de menos y llorar por la persona de quien me han separado.

VERM. Vos le habeis dejado voluntariamente, sobrina.

MAG. Le he dejado por salvar á mi hija.

VERM. Vivid sin temor, vuestra hija está ya fuera de todo riesgo.

MAG. ¡Pero y él, mi marido!... por defender su causa con e duque es por lo que he deseado venir aqui...

DUQUE. ¿Y quién ha podido haceros pensar, hija mia...

MAG. Escuchad, señor duque, el hombre que habeis enviado

en vuestro nombre, el baron de Rollac, se ha excedido en el cumplimiento de vuestras órdenes, estoy cierta de ello.

VERM. ¿Pero de dónde sabeis vos?...

MAG. Una mujer que vivia en Angulema en nuestra misma casa, fué sobornada por él. Asi que llegué á Burdeos la envié noticias mias, pidiéndoselas de aquellos á quienes amo y por los cuales lloro. Pues bien, he sabido por ella que acosados de amenazas y persecuciones, ellos, que se habian quedado en la miseria, en el mayor desconsuelo, se han visto obligados á huir, á salir de Angulema... ¡Ah! señor duque, vos habeis podido mandar que me separen de ellos; pero no habreis querido que los hiciesen sufrir mayores martirios.

DUQUE. No, hija mia, no, y estoy cierto, seguro de que os han engañado. (*Sube hácia el foro y llama.*) Avisad al baron de Rollac que le estoy aguardando.

MAG. ¡Rollac! ¿el baron de Rollac está aqui?

DUQUE. Hace una hora; y por él mismo vais á saber...

VERM. Vamos á conocer á ese baron tan decantado. ¿Qué especie de hombre es?

DUQUE. Vos misma juzgareis. (*Algo cortado.*)

ESCENA VI.

DICHOS, BELFEGOR.

BELF. Estoy á vuestras órdenes, señor duque.

MAG. (¡Esta voz!)

BELF. Vamos á ver á la jóven... (*Vuélvese y ve á Magdalena.*) ¡Ah!

DUQUE. ¡Baron! ¿qué es eso? ¡os habeis inmutado!

VERM. Efecto de la metamórfosis.

BELF. Es que, en efecto, no me esperaba...

MAG. (¡Él aqui y con ese traje!)

DUQUE. Ofrecedla vuestros respetos.

BELF. (*Acercándose á Magdalena.*) ¡Mas hermosa, si cabe, que antes!

VERM. Si, ese traje vale algo mas que los harapos con que la vestia el saltimbanquis. (*Movimiento de Belfegor.*) ¿No opinais vos lo mismo, señor baron?

BELF. Si, si, señora. Hay mucha distancia de esos ricos atavios

á los humildes vestidos que la compraba con tanto gusto ese... ese saltimbanquis. (*A Magdalena.*) Recibid m enhorabuena, señora: estais realmente muy hermosa así.

MAG. ¡Caballero! ¡Guillermo! (*A punto de descubrirse.*)

BELF. (*Interrumpiéndola vivamente.*) Llamadme baron, y sufrid... (*La besa la mano.*) ¡Oh! debeis estar contenta, señora, en medio de vuestros ilustres parientes, rodeada de toda esta riqueza, de este lujo... ¡Oh! si, debeis estar muy contenta, y comprendo que no hayais vacilado entre esta noble familia y la otra... la familia del volatinero.

MAG. Mucho me ha costado decidirme, y solamente...

DUQUE. Tened la bondad de referir á mi hija la comision que os di para ese... Belfegor... los ofrecimientos que le he hecho y la manera cómo los ha recibido.

BELF. ¡Ah! esta señora desea saber... En efecto, será muy divertido. Pues bien, imaginaos que le he propuesto dinero, el cual ha rehusado, el muy truhan; y cuanto mas aumentaba yo la suma, mas montaba él en cólera contra mí. «Lo que yo necesito es mi mujer, es mi hija,» decia. ¡Palabrotas, y nada mas, ya os haceis cargo! ¡Esos titiriteros estan tan acostumbrados á representar comedias! Y como no podiamos conseguir nada de él por la buena, proyectamos meterle en un carruaje, y trasladarle á bordo de un buque, cuyo capitan está á nuestra devocion.

MAG. ¡Ah! eso es horrible.

BELF. Desde ese dia, no nos hemos vuelto á encontrar mas que una vez, en la que él quiso saber dónde estaba esta señora. Trabóse una lucha con ese motivo; pero entre él y yo, como os podeis figurar, la cuestion no podia durar mucho, (*Con acento muy marcado.*) y no duró mucho por cierto. Pero hablemos de otra cosa.

DUQUE. (*Con intencion.*) Al contrario, baron, tengo empeño en que repitais á mi hija lo que deciais en vuestras cartas; que desde que se habia separado de ella, ese hombre llevaba una vida escandalosa, pasaba los dias y las noches entregado al desórden, á la disipacion...

ELF. (*Dándose en el bolsillo donde lleva las cartas de Rollac.* ¡Ah! ¡ah! ¡yo os he escrito eso! En efecto, si, he escrio eso! Pues señor, la verdad es que se divierte mucho

el muy bellaco. Si, ¡oh! ¡yo ya sé, señora, que vos estariais creyendo que vuestro abandono le habria abatido... que se habria desmejorado mucho, que sus ojos estarian escaldados por el llanto... ¡Si, si, á buena parte ibais! Su vida desde aquel dia, no ha sido mas que una contínua broma... ¡Ya se vé! ¡gitanos! ¡farsantes! ¿acaso sabe él lo que es amar á una mujer? ¡llorar por un hijo!

DUQUE. Añadid que no salia de los garitos y tabernas.

BELF. (*Con mucha amargura.*) ¡De las tabernas!.. Si, si, eso ya lo sabeis vos, señora; bien sabeis que la taberna era todo su afan, su cariño, su vida! ¡Las tabernas! Si, iba á ellas despues de vuestra marcha, lo propio que iba antes. Y el vino le daba las ideas mas raras y extravagantes... Echábase á recorrer todos los barrios, las calles de la ciudad en busca de su familia. Iba como un loco interrogando con ojos ávidos cada balcon, cada ventana. Cierto dia le pareció ver ondear entre cortinajes de seda la rubia cabellera de una niña. (*Cambiando de tono*) ¡Es ella! ¡es mi Juanita! Parece que su hija se llama Juanita. Y sin reparar ni en porteros, ni en lacayos, trepa por la escalera, lánzase de sala en sala, y llega adonde estaba el angelito, á quien coge en brazos y se le come á besos, llorando á lágrima viva; (*Medio riendo.*) y echa de ver entonces que su corazon, ó lo que él llama corazon, se ha engañado torpemente. Caen sobre él los que le perseguian; los unos le dan palos tratándole de demente, los otros le sujetan y le llevan á presencia de un comisario para que le meta en la cárcel. (*Riendo algo mas marcadamente.*) Le tomaron por un ladron. (*Soltando á reir del todo.*) ¡Já! ¡já! ¡já! es muy singular, es muy chistoso, ¿no es verdad, señores? (*Bruscamente.*) Vamos, reid, reid vos tambien, señora.

MAG. (*Ocultándose el rostro entre las manos.*) ¡Oh! Dios mio.

BELF. Pero vamos á esto, ya que nos hallamos en familia, y que esta señora está aqui, podiamos hablar algo de nuestros asuntos. ¿Qué es lo que piensa hacer esta *señora*? Yo he venido para saber algo de eso; despues hablaremos del marido.

DUQUE. (*Algo pensativo.*) Si, del marido que yo deseo para mi hija. El rey está en las mejores disposiciones.

BELF. ¡Ah! el rey... ¿eh?

DUQUE. Yo no dudo que su majestad me autorice á trasmitir mi nombre y mi título de par de Francia al esposo que mi hija eligiere.

BELF. ¡Par de Francia! ¡Hola! conque su marido será par de Francia. (*Dando una carcajada.*) ¡Cuerno! (*Empieza á pasearse por la escena á pasos largos.*)

VERM. ¡Jesus! cuidado que este señor tiene una manera de expresarse.

COM. ¡Jé! ¡jé! ¡viene de América, es un liberal!

VID. (*Indignado.*) ¡Un demagogo!

BELF. Pues entonces veo que nuestro volatinero, ese truhan de volatinero, va á subir como la espuma.

DUQUE. ¡Él!

BELF. ¡Pues claro está, su marido!

DUQUE. Ese no lo ha sido nunca. (*Volviendo á su bufete*)

BELF. ¡Vaya que si! yo asi lo creo.

VERM. ¡Su marido! (*Muy sofocada.*) espero que muy pronto haremos nosotros anular ese casamiento.

BELF. ¿Eh? (*Con fuerza.*) ¡ah! conque vais á hacer...

MAG. ¡Oh! Es imposible, no lo creais.

VERM. ¿Y porqué no, señora sobrina?

BELF. Dice bien; ¿y por qué no, señora? ¿Acaso vuestra nueva familia no goza de gran favor? Sí por cierto que se anulará ese casamiento. Vuestro marido no habrá sido para vos mas que un accidente... y vuestros hijos serán (*A la Vermandois metiéndose por la cara.*) bastardos...

VERM. ¡Bastardos!

COM. ¡Este hombre dice las cosas tan desnudas!

VID. ¡Puf!

DUQUE. (*Que ha estado escribiendo.*) Señor baron, aqui teneis una carta que acabo de escribir al rey en vuestro nombre y el mio. Como amigo y ejecutor testamentario de mi desgraciado hijo, me hareis el obsequio de firmarla.

BELF. ¡Ah! ¿nosotros escribimos al rey? ¿Y qué escribimos á su majestad?

DUQUE. Le pido como gracia especial, que se digne dar permiso para mandar prender, embarcar y desterrar á ese Belfegor, y que en seguida se proceda á instruir sigilosamente el proceso para la anulacion del casamiento; autorizando entre tanto á mi nieta para pasar á los ojos de todos por la viuda de un oficial muerto en Alemania

al servicio del rey. Tened la bondad de firmar.

MAG. ¡Dios mio!

BELF. (*A Magdalena.*) Conque es decir que ya sois viuda, señora; y á él cátale muerto... Payaso ha muerto, se concluyó!.. ¡pobre payaso! Vamos, descansa en paz, y Dios tenga piedad de tu alma.

VID. (*Riendo.*) ¡Já! ¡já! el alma de payaso.

MAG. ¡Caballero!

BELF. Tiene razon el señor Vidamo, ¿el alma de payaso? ¿Pues qué esas gentes tienen alma? Fuera de los Vidamos, los barones y los caballeros, los demas no tienen alma!

DUQUE. (*Visiblemente cansado.*) Hacedme el obsequio de firmar, caballero.

BELF. (*Tomando la pluma.*) ¡Firmar! es decir pedir el destierro... la muerte de un desgraciado, la separacion de dos seres que Dios habia unido!.. Sabeis, señores, que para ser caballeros, estais procediendo como no lo haria ese titiritero? (*Rompe la pluma.*)

DUQUE. ¡Caballero! estais hablando con el duque de Montbazon, y me explicareis ahora mismo...

MAG. ¡Cielos!

BELF. (*Con risa frenética*) ¡Já! ¡já! ¡já! ¡no lo han entendido! no han entendido ni la rabia que me ahogaba, ni aquella risa que se anegaba en lágrimas... no han visto nada, ni adivinado nada.

DUQUE. ¿Qué oigo? luego vos sois...

BELF. Pues bien, si, si, soy el payaso. (*Arrancándose la peluca.*)

TODOS. ¡Él!

BELF. Si, Belfegor el payaso, Belfegor el miserable, el zote, la bestia; pero esta bestia tiene su mujer, tiene sus hijuelos, y os los viene á arrancar porque son suyos, ¡entendeis, ladrones! (*Hacen un movimiento para echarse sobre él.*) ¡Eh! cuidado conmigo, señores; el payaso sabe hacer reir en la plaza; pero os podria hacer llorar aqui.

DUQUE. ¡Osais amenazarnos!

BELF. Y aun cuando asi fuese...

MAG. Guillermo, te lo pido por Dios, escúchame.

BELF. No escucho nada, yo soy tu marido, soy tu dueño. ¡Vuestras leyes, señores! por cima de vuestras leyes, está Dios que me ha dado esta mujer, y la conservaré

mal que os pese. Señora, vais á veniros conmigo y con Juana, con Juana á quien vos me habeis robado, y que es mi hija.

MAG. ¡Tu hija! ¡Desventurado! ¡tu hija se hubiera muerto si no fuera por mí!

BELF. ¡Gran Dios!

MAG. ¡Se hubiera muerto te digo!

BELF. ¡Ella! no, eso no es verdad, yo lo hubiera sabido, lo hubiera adivinado.

MAG. ¡Adivinado! ¡acaso adivinais vosotros esas cosas! Ya no existiria, ténlo por cierto; no quedaba mas que un recurso. ¡El cambio de vida! ¡ah! se le hubiera proporcionado á costa de la mia. Por eso me llevé á mi hija moribunda, á nuestra hija, Guillermo; y ahora, acúsame, si te atreves.

BELF. ¿Qué es lo que he oido? Magdalena, ¿es eso verdad? ¡Mi hija!... ¿dónde está? dónde...

MAG. Aqui.

BELF. ¡Aqui!... ¡Oh! déjame verla, besarla.

MAG. ¡Ven! ¡ven!

CRIADO. (*Anunciando desde el foro*) El sustituto del procurador del rey.

DUQUE. ¿Qué significa?

ESCENA VII.

DICHOS, CLERMONT, AGENTES.

CLERM. Esto significa, señor duque, que un hombre se ha introducido aqui, en vuestra casa, con el título de baron de Rollac.

DUQUE. ¿Cómo?

BELF. ¿Qué dice?

MAG. Guillermo. (*Con terror.*)

CLERM. ¡Y acabamos de saber judicialmente que ese hombre, ese supuesto Rollac, no es otro que el llamado Lavarennes!...

TODOS. ¡Lavarennes!

CLERM. ¡Si, Lavarennes! Condenado hace tiempo á muerte como traidor y asesino.

DUQUE. ¿Él? ¡él, Lavarennes! (*Señalando á Belfegor.*)

MAG. Es un error, una calumnia. (*Yendo al duque.*)

BELF. ¡Qué tengo yo que ver con ese Lavarennes! (*Con fuerza.*)

CLERM. En nombre del rey, daos á prision.

BELF. ¡Magdalena! ¡preso yo!

MAG. ¡Dios de bondad! (*Saliendo por la misma puerta que Clermont.*)

ESCENA VIII.

DICHOS, CASTEL-BLANC, ENRIQUE, *otro Gendarme.*

CAST. ¡Deteneos! Ese hombre no es Lavarennes. Lavarennes es el impostor á quien yo he acompañado y dejado en Angulema; es el miserable que hizo conocimiento con el baron de Rollac en América, que le dió muerte y se apoderó de sus papeles. Esto es lo que él mismo, descubierto y preso por fin, acaba de declarar; y yo he venido á preveníroslo, señor sustituto, para que desistais de este arresto, porque de la declaracion tambien resulta, que amenazado ayer por este hombre en la quinta del Vizconde, le entregó los papeles con ánimo de perderle. El que está delante de vos, no es otro que el payaso Belfegor, y aqui teneis á su hijo, que ha sido hallado por mis agentes.

ENR. ¡Padre mio! (*Corriendo á él.*)

BELF. (*Abrazándole con ternura.*) ¡Enrique! ¡hijo idolatrado!

ENR. (*A Magdalena.*) ¡Madre! ¡ah! ¡madre querida! ¡Te encuentro por fin! deja que te dé un beso.

MAG. (*Cogiéndole á su vez, cubriéndolo de caricias, y dirigiéndose al duque.*) ¡Señor, es mi hijo! ¡el hijo de mis entrañas! ¿Tendreis ahora valor para romper este casamiento?

DUQUE. (*A los otros.*) Retiraos, señores. Supuesto que este hombre no es el traidor Lavarennes, está libre. El señor comisario general os lo ha dicho. Retiraos todos, necesito hablar á solas con él. (*Bajo.*) Magdalena, id en busca de Juanita y traedla aqui al momento. (*Magdalena vàse. Vánse todos, saliendo antes los agentes, despues el Vidamo, el Comendador, Castel-Blanc y Clermont.*)

CLERM. (*Al salir.*) Por fin dimos con el delincuente. Buen trabajo ¡me ha costado!

CAST. Si, por cierto, ibais á prender al que no lo es.

CLERM. Señor comisario, la manera de acertar en estos casos, es prender á todo el mundo. Adios, señor duque. (*El duque los habrá acompañado un poco. Belfegor se queda acariciando á su hijo, y mirando con inquietud á la puerta por donde se marchó Magdalena.*)

ESCENA IX.

El DUQUE, BELFEGOR, ENRIQUE, *á poco* MAGDALENA *y* JUANITA.

BELF. Ahora, señor duque, espero que no persistireis en vuestro designio; Magdalena es mi mujer.

DUQUE. ¡Vuestra mujer! Antes que verla públicamente unida á un hombre que anda mendigando por las calles, y á quien le dan poco menos que una limosna, preferiria volverme á mi destierro en busca de la muerte y del olvido.

BELF. (*Arrebatándose.*) ¡Eh! ¿y qué me importa eso á mí? Vos teneis apego á vuestros antepasados, yo se lo tengo á mi mujer y á mis hijos.

ESCENA X.

DICHOS, JUANA, MAGDALENA, ENRIQUE.

MAG. (*Viniendo rápidamente á interponerse entre los dos.*) Guillermo, aqui te traigo á tu hija.

BELF. ¡Mi hija, mi Juanita!... ¡Es posible que esta sea ella!... ¡y que sea tan bonita! ¡Hija de mi corazon! (*Se arrodilla y la acaricia.*)

DUQUE. Miradla bien, y reparad... la salud, la vida han vuelto á reanimarla, á darla ser y hermosura.

BELF. ¡Oh! si, si, es verdad. ¡Pobre Juanita mia!

DUQUE. A mi lado no solamente será hermosa, será rica, feliz.

BELF. ¡Rica, feliz!

DUQUE. Será mi hija, en fin... ¿Qué hareis, pues, viendo eso? Responded.

MAG. Señor duque...

BELF. Calla, calla, mis ojos ven la luz ahora. Pobres hijos, yo os he querido como un egoista, quiero amaros como padre... (*Se levanta.*) Señor duque, vos habeis comenzado á hacer la felicidad de nuestra hija... yo os confio

la de nuestro hijo: juradme que hareis de este niño un hombre digno de respeto y estimacion.

DUQUE. Os lo juro.

BELF. Vos le amareis como amais á mi... á vuestra nietezuela.

DUQUE. Será mi hijo .. como Juana es mi hija.

BELF. ¡Os creo! (*Llevándose al duque aparte.*) Ea pues, ahora ya podeis anular nuestro casamiento... no me volvereis á ver mas... me iré adonde quiera que vos dispongais, á un destierro, si es preciso... Juro yo tambien no volver á ver á mi mujer ni á mis hijos. Permitid que los abrace por última vez. ¡Adios, Enrique... adios... piensa alguna vez en mí cuando seas dichoso!... Adios, Magdalena: perdóname si te he hecho sufrir... Perdóname, porque te he querido con toda mi alma!! Magdalena, (*Bajo.*) ¡es para siempre!

MAG. No, tú no partirás solo. (*Con fuerza.*)

DUQUE. ¡Cómo! ¿qué significa?

MAG. Esto significa que el porvenir de mis hijos está asegurado, y ahora que pueden vivir sin mí, para tí es para quien yo viviré, Guillermo.

DUQUE. ¡Magdalena!... ¿y tu padre?

MAG. Señor duque, Dios ha dicho: «La mujer dejará á su padre y á su madre para seguir á su marido.»

ENR. (*Corriendo á su madre y llevándose á su hermana.*) ¡Oh! si tú te marchas, nosotros queremos marcharnos contigo. (*Belfegor viene á encontrarse colocado en medio de su mujer y sus hijos.*)

DUQUE. ¡Solo! (*Dejándose caer agobiado en un sillon á la derecha.*) ¡moriré triste y solo!

BELF. (*Yendo al Duque*) Señor duque, ¿quereis decirme vuestro nombre de pila?

DUQUE. (*Admirado.*) ¿Yo?... Me llamo Jorge.

BELF. Entonces dentro de seis meses es vuestro santo.

DUQUE. Si... ¿pero cómo?...

BELF. ¡Oh! nosotros los del oficio... nos sabemos el calendario de memoria.

DUQUE. ¡Y qué!

BELF. Que de aqui á seis meses, los dos, Magdalena y yo, os enviaremos á los chicos, á la niña y al niño... Será nuestro regalo del dia del santo... Os quedareis con ellos, señor duque, vos que podeis criarlos en la opu-

lencia, y hacerlos venturosos... Os quedareis con ello para siempre.

MAG. ¡Mis hijos! (*Llorando.*)

ENR. ¡Padre!

BELF. (*Al duque.*) ¡Ah! ya lo veis, es preciso que la madre y los hijos se vayan acostumbrando... Un poco de paciencia, y dejad por algun tiempo unida todavia á la familia del payaso.

DUQUE. (*Muy conmovido, y levantándose de pronto.*) ¡Y habeis de vencerme á mí en generosidad! Vos, á quien por humilde rechazaba yo de mi familia, habiais de mostrar mas grandeza de alma que el duque de Montbazon! No por Dios santo, corro á echarme á los pies del rey, á referirle vuestra noble abnegacion, y á pedirle para vos un puesto en el ejército; su corazon magnánimo sabrá comprenderos y premiaros.

BELF. ¡Ah! señor duque, ahora si que conozco que sois noble.

MAG. (*Echándose á los pies del duque.*) Gracias, padre mio, gracias.

FIN DEL DRAMA.

Madrid 16 *de setiembre de* 1857.

Puede concederse licencia para la representacion de este drama.=El Censor, PABLO YAÑEZ.

GOBIERNO CIVIL DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 17 *de setiembre de* 1857.

Conforme con el dictámen del Sr. Censor y Real órden expedida por el ministerio de la Gobernacion en 16 *del actual, puede representarse este drama en cuatro actos, titulado* El Payaso.=*El Gobernador,* MARFORI.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Antes que te cases...
Alarcon.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
Achaques de la vejez.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
Al pié de la letra.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Bienes mal adquiridos.

Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Castor y Polux.
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.

Delirium tremens.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
De audaces es la fortuna.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.

El amor y la moda.
¡Está local
En mangas de camisa.

El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El querer y el rascar....
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
Esperanza.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
Espinas de una flor.
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Caballero del milagro.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
Echarse en brazos de Dios.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El molino de la ermita.
El corazon de un padre.
El jitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El hijo pródigo.
El payaso.

Furor parlamentario
Faltas juveniles.
Flor de un dia.

Grazalema.

Historia China.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.
Honra por honra.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes

Isabel de Médicis.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.

Los Amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles ó la linda vivandera.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspuedes.
Los éxtasis
La posdata de una carta.
Llueven hijos.
La mosquita muerta.
La choza del almadreño.
Los Amantes de Teruel.
La verdad en el Espejo.
La Banda de la Condesa.
La Esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La Gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las Flores de Don Juan.
Las Apariencias.
Las Guerras civiles.
Lecciones de Amor.
Las dos Reinas.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
Las Prohibiciones.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La bondad sin la experiencia.
La escala del poder.
La alegria de la casa.
Las cuatro estaciones.
Las mujeres de mármol.
La vida de Juan Soldado
La llave de oro.
La Providencia.
Los tres Banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La cruz en la sepultura.

La ninfa iris.
La pluma y la espada.
La Vaquera de la Finojosa.
La flor del valle.
Los pobres de Madrid.
Libertinaje y pasion.
Libertad en la cadena.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mariana Labarlú.
Martin Zurbano,
Mocedades.

Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre timido.
Nobleza contra Nobleza.
No es oro todo lo que reluce.

Olimpia.

Pescar á rio revuelto.
Piensa mal y errarás.

Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas
Una idea feliz.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética
Una noche en blanco.
Un anuncio en el Diario.
Una ráfaga.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un Caballero.
Una broma de Quevedo.
Un si y un no.
Una Virgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

Por un reloj y un sombrero.
Por ella y por él.
Por una hija!...
Para heridas las de honor, ó desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.

Rival y amigo.

Su imágen
San Isidro (*Patron de Madrid*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Ver y no ver.
Verdades amargas.

Un Amor á la moda.

ZARZUELAS.

Alumbra á este caballero.
A última hora.
Angélica y Medoro.

Buenas noches, vecino.

Claveyina la Gitana.
Cupido y Marte.

Escenas en Chamberí.

El ensayo de una ópera.
El Grumete.
El calesero y la maja.
El Vizconde.
El perro del hortelano.
El secuestro de un difunto.
El lancero.

Guerra á muerte.

Juan Lanas.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el sueg omnibus.
Las bodas de Juanita.
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en Palacio.
La Dama del Rey.
La Colegiala.

Mateo y Matea.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 4(cuarto segundo de la izquierda.